LARGO
José Balza
MUSA 9
A LOS

LARGO

EJERCICIO NARRATIVO

JOSÉ BALZA

ISBN: 978-84-15737-62-9

© José Balza
© de esta edición: Musa a las 9 (Lit Bit, S. L.), 2016
© de la imagen de cubierta: Eugene Ivanov/Shutterstock

www.musaalas9.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento.
Este libro ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

GOBIERNO DE ESPAÑA

MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

A Eudes

El hombre sueña siempre que habla de la muerte.

Werther, Johann Wolfgang VON GOETHE

PRIMER DIA. MI PADRE Y LAS SIRENAS

1

SI TRATAS DE demostrar que estamos unidos, huiré. Mi cuerpo, mis actitudes decían eso y, sin embargo, al arrancar el auto, ella repitió: «Espero tu llamada». Yo me vine al otro extremo de la ciudad, cruzándola casi sin intentarlo. Ahora una mujer alta pasa cerca de mí; veo la calle, tantos colores (duros cuerpos de árboles, el cielo deslumbrante del atardecer) y pienso que estoy olvidando razonar. Nada más seguir, he ahí lo que hago: vivir como untado de sustancias pegajosas que no me permiten escapar de los acontecimientos. ¿Y fue esto, alguna vez, una decisión? Desde hace un año advierto cómo se prolonga esta situación; no podría decir si estoy encerrado bajo grandes bóvedas resplandecientes en las que el sol, las constelaciones integran cada muralla, o si, por el contrario, he destruido toda construcción, todo encierro, y tanta plenitud es, solamente, la convicción de vivir nada más para los contactos directos, las posibilidades extremas de la sensibilidad. Pero, bajo esto, sólo algo es claro, subyacente: el pensamiento constante de que al final de la temporada, mañana o dentro de un año, cuando regrese a la conciencia, ya no habrá más. Trataré de acudir a mi rescate y cada esfuerzo, indefectiblemente, acercará la muerte.

A pocos pasos, el café protege contra el ruido de la calle; mientras me acerco a él, comprendo que, evidentemente, he acabado con cuanto impida alcanzar las impresiones puras. La belleza me asalta, es tan poderosa que vuelve a aniquilarme como antes, pero ahora en sus apariciones más reales: el caos, lo inconexo. Camino un poco y luego acudo al sitio donde siempre se encuentran los amigos; no hallo a nadie y me quedo, inesperadamente, dependiendo del filo del anochecer. Vuelvo a sentir la voz de Ira que reclama una llamada telefónica y pienso en su cuerpo, cuya transformación sólo yo puedo

decretar. Iré; volveré a arrojarla sobre la alfombra ocre y a estremecerme junto a ella, bajo la luz acogedora de su cuarto. No hablaremos, como antes, y ello nos convencerá de la fuerza del amor. ¿Puedo aún recordar cómo surgió este paralelismo? Alcancé un día, creo, el extremo de la ciudad donde ella habita. La encontré en una de esas casas que, después, he considerado claves para mi actual decisión. Las paredes estaban destruidas; en el interior, en los pasillos, había hierba pálida pero vigorosa. Traté de entrar; evidentemente estaba abandonada. Y de pronto ella entró y sonrió y salimos juntos. Entonces pensé: «Es el amor, todo va a alterarse», y comencé a contarle lo de mi visita, el extravío en las ruinas. Al comienzo la denominé Lucy, pensando en un personaje de Shakespeare, pero después, cuando recordé que no conocía ese nombre en él, ya sabía yo que esta mujer que me esperará durante la noche se llamaba Ira.

Por un momento pienso seguir aquí, en la tranquilidad del café. Sin embargo, me pongo en marcha; cruzo dos o tres calles, tomo un vehículo y le pido prisa al conductor. Advierto que poseo el tiempo justo para realizar la entrega. Al norte de la ciudad, después de los árboles delgados, encuentro el edificio. Desciendo del vehículo; avanzo sobre el grueso piso de tierra y aspiro profundamente el frío que crece en bloques alrededor de mi cuerpo. Tiempo sereno, penetrante silencio en este sector de la ciudad. Observo la concha brillante en que se transforman las calles y los edificios, dispersos, y decido acabar con esto definitivamente. Entonces corro hacia la entrada; apenas le doy tiempo de entender mi objetivo al portero, y penetro en la sala próxima. Al fondo, hundido en el oscuro asiento, está él. Mi padre espera. Sólo en las pupilas experimento el vertiginoso cambio: en esta sala todo es blanco, inmóvil. Hasta yo he quedado flotando. Y descubro que las últimas posibilidades de conexión, aquello que me trajo a este lugar, también desaparecen. Se adelanta una terrible visión del sencillo acto que va a ocurrir; tiemblo por un momento, siento que no podría caminar si lo intentara y soporto esa sensación hasta que un agudo calor invade mi cuerpo. Pienso por un momento: «¡Imbécil, acaba de una vez!», y recupero mi agilidad. Me acerco, murmuro algo sin sonreír y muevo las manos, cerca de sus ojos. Pero él permanece indiferente; su inmovilidad, en secreto, me tranquiliza momentáneamente mientras no descubro la fijeza de su mirada, su atención: ha estado observándome. ¿Cómo interpretar la atadura que crean sus ojos? Vuelve el vértigo y algo ajeno a mi naturaleza: la culpabilidad; todo ello, sólo porque he captado la relación entre él y la realidad. Hay algo destruido en este hombre; sé muy bien que no es él mismo en verdad y, sin embargo, sobre ello, persiste el terrible residuo de su conocimiento, de su razón.

La proximidad de otra persona rompe este tenso círculo en el que

comenzaba a perderme; escucho los pasos veloces e imagino al portero acercándose, preocupado por mi extraña forma de entrar. Llega y habla conmigo en voz baja. Sí. Comprendo que estás encargado de recibirlos, que yo debí esperar afuera… Pero no puedo explicar que tampoco tenía, verdaderamente, prisa; yo no deseaba llegar hasta aquí: fue la presencia de la amplia puerta, del guardián mismo… Entonces escucho sus instrucciones. Dos hombres y una mujer lo trajeron, estaban apurados, y advirtieron que yo habría de presentarme en la tarde, a esta hora, para cumplir legalmente la entrega. En efecto, ahora la ejecuto o deseo realizarla, pero aún el jefe del instituto no está desocupado. Debo, así, esperar durante una hora.

Murmuro alguna cosa que ni yo mismo reconozco; miro al portero y después regreso hacia mi padre, hacia el asiento negruzco.

El empleado se aleja caminando rápidamente y pronto me es difícil distinguirlo del débil color de las paredes. Permanezco de pie, indeciso; tomo un periódico que está cerca. Aquí, el hombre continúa inmóvil, aunque comprendo que ha observado minuciosamente los movimientos del empleado. Por fin me coloco a su lado en el asiento y lo miro de frente. Ha envejecido, parece cansado, pero de su actitud brota una chocante vitalidad. Podría decir que nunca morirá. Siento el impulso de comenzar a hablar, muevo la lengua, hasta que advierto que nada diré. Aun pienso que sería fácil preguntar por los otros, por quienes lo trajeron, y averiguar si experimentó inquietud al quedarse solo, dentro de esta larga sala desnuda: sigo mi deseo y hablo lentamente. Me ha escuchado, estoy seguro, y no obstante no contesta. Insisto otra vez y comienzo a creer que no recuerda, realmente, nada anterior. Tal vez ni siquiera supo que estaba siendo trasladado de un sitio a otro. Y ello, el conocimiento del tortuoso avance de su conciencia, me tranquiliza. Mido con lentitud cómo la poderosa presencia de la calma cruza dentro de mi cuerpo. ¿Es cruel esta tranquilidad? Quizá sí, pero soy incapaz de quedar otra vez bajo el dominio de la culpa. Imposible dejar de mirar la silueta serena y triste que me acompaña; imposible evitar conmoverme, pero imposible también renunciar a analizarla, a saberme ajeno de nuevo a las relaciones entre lo que ocurre y yo.

Abandono el periódico. Y descubro la gran ventana abierta, a nuestras espaldas. Cambio levemente de posición. Ahora entran en mi campo visual la región más luminosa del cielo y, en primer plano, el agudo perfil del hombre. Me distraigo un momento y en seguida reaparece, pesadamente, la situación. Tengo que permanecer una hora aquí, esperando que vengan por él, acompañándolo. Es la última vez que estamos juntos; me examino de nuevo, busco en algún lugar un poco de ternura, pero regreso vacío de la exploración. ¿Dónde residía la conexión que me impelía a esperar con él? ¿Cuándo nos hemos

tocado o, por lo menos, coincidido? Nada, ninguna atadura. Esto hace aparecer, súbita, una sensación de furia. Oponerse, golpear. También la ira se queda en sí misma.

De pronto encienden las luces. Todo tan blanco que de nuevo deben acomodarse las pupilas. Nuestras dos figuras, fluctuantes, en la brillantez de la sala. A él la luz parece despertarlo porque se mueve con violencia, cambia de posición y, tomando mi brazo, inicia un monólogo. La coherencia de sus palabras me sorprende. ¿Acaso es definitivamente necesario dejarlo aquí, recluirlo? ¿No hay una equivocación? Sus gestos, su actitud y el contenido de las frases encierran una lógica rígida. Tenía tanto tiempo sin verlo que la idea de encontrarme en un acto equívoco me sacude. Pero ¿y su conducta anterior, su aislamiento? ¿Cómo explicarlos? No, no puedo creer en cuanto ahora hace: es una parte del trastorno, una lógica absurda dentro del caos. Un silogismo invertido. Sin embargo, sigue. Su voz precisa establece el contorno de situaciones que también yo compartí. Centellean las imágenes; sus colores puros, la afectividad de entonces, crean veloces vitrales que me atrapan. Y la gruesa voz evidencia el dominio del tiempo, el recuerdo; trato de huir de mi padre y del milagro que suscita, pero mi pensamiento está atado con ligamentos de Chiclets a las vivencias: el esfuerzo por alejarme las atrae. Al final logro liberarme. Y de nuevo queda sólo la voz narrando historias fragmentarias, que se entrecruzan en un punto único: la vida anterior del hombre que habla. Me he independizado, estoy fuera de esos recuerdos. Así, sigo durante algunos minutos el desarrollo de diversas líneas narrativas hasta que, inesperadamente, el salto vuelve a producirse: reaparece el zigzag, las palabras abren grietas; esto es ya irreconocible, no hay sílabas, es un rugido. Entonces casi puedo tocar la textura de ese pensamiento, su zumo fluctuante, insólito. Con una frase podría definirlo: pienso «Es la sombra…», pero me digo que los míos son vocablos inexpresivos, estúpidos. Se ha quedado callado; mis músculos se aflojan. ¿Estoy contento de comprobar que es ineludible su condena, que no había equivocación? Él se hunde, se hunde; está inmóvil otra vez.

Pronto habré de cumplir la entrega; dejaré al hombre en otras manos. Cuando haya salido, ya no lo habré conocido. La noche es transparente; aun los más elevados lugares de la ciudad son visibles, de sal. Las luces inciden unas sobre otras y hacen confusos los bordes. ¿Estoy también yo bajo alucinaciones? El fenómeno es efecto de la distancia y de la fuerte negrura de los árboles cercanos. Un trastrocamiento de las perspectivas. ¿Cómo concibe esto mi padre? Se me ocurre que su silencio es el producto de la más extraordinaria actividad: en tal grado percibe el cambio de las cosas que no tiene tiempo para expresarlo. Su inmovilidad: un combate.

Pienso un momento más en su éxtasis, en su prolongado exilio, y relampagueando acude la idea de que él tiene razón. Si no estuviésemos nosotros cerca de él, moriría; se dejaría morir sin saber exactamente lo que hace. Está fuera de los ligamentos, de la causalidad; es un centro donde se integra la contradicción: es la libertad, en acción. Entonces, ¿qué hago aquí? ¿Por qué intervengo e interrumpo su conducta? ¿Por qué debo esperar dos horas para internarlo? La equivocación es nuestra: de quienes lo trajeron y mía. Debo huir. ¡Cuánto he tardado en descubrir que es ése mi mejor acto hacia él! Examino inmediatamente el final de la sala, me asomo por la puerta más cercana y sólo el reflejo de un cuerpo que pasa, más allá de las últimas salas, demuestra que aún hay actividades en el hospital. La decisión es firme; regreso al asiento, me paro frente a la ventana —qué lento el tiempo: la ciudad es la misma, de sal, transparente, y no obstante yo he cumplido hechos inusitados— y luego, sin verlo, para que sea completamente anónimo, dejo a mi padre y acudo a la puerta principal. El empleado me mira, suspicaz. Yo inclino la cabeza, avanzo; la noche es musgosa y me recibe. «No puedes pensar», me digo, y tomo la amplia escalera, descendente

2

EXACTAMENTE POR EL norte aquella ciudad, la de mi padre, limitaba con el mar. Puedo concebirla en estos momentos como un dibujo japonés, de líneas gruesas los edificios y el conjunto de las olas en trazos muy finos. Él no era marinero, ¿cómo entonces se le ocurrió participar en la travesía? Hago una marca sobre esta mesa, establezco un itinerario entre las dos manchas húmedas que deja la taza de café y reconstruyo, implacablemente, su corto viaje. Si le contara cuanto ocurrió, es seguro que Ira enumeraría diversas hipótesis para explicarlo; y cada una de sus historias implicaría una prueba diferente de su humor. Pero no le diré nada, sólo iré a acostarme con ella.

Crece violentamente la noche. En otro lugar de la ciudad algunas personas deben estar dejando a un hombre en la sala de reclusos. Yo estoy obligado a asistir y, sin embargo, desde aquí, la idea de mi deber es inconsistente, muy débil. Ruedo los dedos sobre la línea húmeda que acabo de trazar, sonrío para mí mismo (¿hay en mi ausencia, en mi alejamiento de aquel sitio donde se me espera, un acto de crueldad?) y acepto que, finalmente, no abandonaré este lugar. Afuera ocurre un impresionante fenómeno que transforma árboles, calles y rostros. Me esfuerzo por crear un pensamiento acerca de la belleza de

la noche; sostengo por un momento una serie de palabras, pero en seguida quedo indefenso. Día o noche, con el cielo embadurnado de colores y texturas: nada se altera.

Mi compromiso se ha destruido: en el edificio desconocido, el hombre habrá de ser aceptado, aunque nadie aparezca para entregarlo y aunque ni siquiera él pueda explicar qué hace allí. Los otros lo habrán dejado esperándome y yo no iré. Así, las últimas relaciones nuestras, en el presente, se borran. Permanece, por el contrario, la atadura que estableció otro tiempo, pero sólo es un recuerdo, únicamente tiene que ver conmigo.

El viaje de ese hombre, el proyecto de narrarlo a Ira. He aquí mi propiedad. La historia de mi padre es asunto mío. Narrarla es estructurar, unir hechos independientes. Otra ficción.

El viaje fue previsto para el amanecer. Bajo la gran carga el barco casi desaparecía y, arriba, mirando constantemente hacia donde debería estar la isla en la oscuridad, se ubicó mi padre. En la madrugada la niebla alarga los objetos hasta integrar una masa. A la hora de partida fue difícil precisar las siluetas de los ayudantes que se acercaban: sólo en el círculo de la luz y las voces alcanzaron independencia. Y en seguida se inició el recorrido.

El secreto del agua es constante, en el mar o aquí, sobre la mesa. Transforma, recubre de sugerencias. ¿En qué medida la voluntad es únicamente oposición a este hechizo? Aun en mis nervios queda la vibración de las imágenes de aquella noche. Puedo sentir su violencia, pero sé que es producto de mi conciencia, un esfuerzo, y, tal vez, un acto imaginario, porque ignoro cómo conocí exactamente la aventura de mi padre. ¿Cuánto he añadido para intervenir también yo en ella? Así, he llegado a pensar que la marcha fue silenciosa durante las primeras horas. En la pequeña cabina, la luz verdosa del farol y el humo de su cigarrillo debieron recortar, resaltándolos, los rasgos del conductor. Una demostración de prosperidad económica para todos los viajeros, aquella travesía. Y de pronto, al amanecer, la lluvia, cubriendo con pastoso brillo el barco, precedió a la tormenta. En unos minutos, el caos; la nave quiebra las estructuras del mar, se hace verde también, aparece y desaparece y, sorpresivamente, cae en un campo de niebla donde la inmovilidad del agua introduce por primera vez el terror. Los hombres intentan mirar la superficie tensa. La tormenta se aleja, rugiente; de nuevo el silencio. Hay la posibilidad de sentir, exagerados en esos momentos, los poros de la noche, su comunicación con el mar. Y, cuando comienza a desaparecer la inquietud de los cuatro hombres, el borde de otro barco que avanza, poderoso e inesperado, golpea la pequeña nave de mi padre. La aparición de tantas luces enceguece. Llamas, rojo y azul, y el mar que comienza a dominar. Cuando el casco de la pequeña nave, girando, encierra a los

hombres y la carga desaparece entre el agua, a la superficie vuelve el silencio, apenas interrumpido por los gritos de la tripulación del otro barco, ya lejano. Sin embargo, es entonces cuando la idea de su viaje, relampagueando, invade por completo el cerebro de mi padre. Bajo el mar él instaura un profundo contacto con los objetos que se esparcen, ingrávidos, y con los cadáveres, viscosos, que pasan a su alrededor. El sol viene desde el fondo del mar; es más fuerte porque conduce el sonido. A través de su luz cantan las grutas, la tierra más profunda, tal vez las sirenas… Una de ellas, de aletas putrefactas, pero hermosa, se aproxima a sus oídos. «¡Tu voz, tu voz!». El intuye la muerte, traída por la precisión de líneas góticas que el agua aplasta contra sus ojos y advierte cómo concluye, cómo desaparecen su cuerpo y su respiración.

El choque pudo parecerle un simple contacto de cristales; el mismo que ahora ejecuto yo entre la taza y el vaso. Nunca habló él sobre eso, aunque durante mucho tiempo no pudo soportar los ruidos agudos. ¿Cuánto tiempo permaneció bajo el mar? ¿Quién trajo su cuerpo, ablandado, a casa? No recuerdo haber notado en mi padre interés alguno por esos hechos; el primer día, después del accidente, se mantuvo sereno y callado en el interior del negocio. Cumplió los actos de costumbre; estuvo durante la noche fuera, incrustado en la ciudad, posiblemente repitiendo la violencia del día anterior sobre el cuerpo de alguna mujer. Pero cuando volvió, la realidad había cambiado para él; las conexiones, la causalidad, desaparecieron. Prescindió de la comunicación; mientras estuvimos juntos, no llegué a conocer su voz. Después huyó, incapaz de permanecer en un sitio único e incapaz de conocer también dónde se encontraba. Y casi lo olvidé hasta que su súbita aparición en esta otra ciudad reclama mi intervención, la ejecución de un vínculo que acabo de rechazar. Por el extremo de este local penetra un animado grupo de adolescentes. Otro acontecimiento en el que sólo puedo participar —dentro de mí mismo— como un tercero. ¿Cómo explicar que estoy detenido en medio de mi propia participación y las acciones de los demás? ¿He creado este límite irreal, soy culpable? ¿Cómo distinguir cuanto ahora ocurre —esas voces, los movimientos de esos cuerpos jóvenes— del hombre que aún puede esperar, en un gran edificio, al otro lado de la ciudad?

Alguno de los adolescentes canta. Soy un hombre maduro, cuántas cosas en mí han comenzado a detenerse.

CAFÉ

1

REPASO MINUCIOSAMENTE EL esquema establecido para mi último día, veo alejarse a Ira en el auto e intento decir que sólo podré verla mañana, después del atardecer. Pero cuando hablo ya ella desaparece, se aleja dentro del núcleo cambiante que construyen las luces. La noche ha llegado con rapidez; me sorprenden su fuerza, su frescura. Estoy seguro de que viví exhaustivamente cada minuto, de que nada, hoy, dejé escapar. ¿Pero qué he hecho? ¿Con quiénes estuve, cuáles palabras quedan de la jornada? Persisten vagas resonancias, colores, débiles sonidos; trato de aprehender sus significados, pero es imposible: mi vida acaba de iniciarse con la ausencia de la mujer que se oculta ahí, en una vía de la ciudad. Ahora emprendo la aventura: recorrer mi propia historia, excluyendo la imaginación y el olvido, hasta que los actos formen parte de mí mismo y mi cuerpo y mi pensamiento obtengan las formas últimas de la lógica.

Al pasar echo un vistazo al lugar donde frecuentemente encuentro a mis amigos. Las mesas están desocupadas y, desde adentro, el empleado me saluda. Contesto con un movimiento y avanzo, calculando el tiempo exacto que aún me queda para asistir a la reunión. A medida que camino las calles ofrecen más violentos contrastes; el resplandor es tal que, a veces, en los cristales me es difícil reconocerme. Cuando he marchado durante quince minutos me detengo, sorprendido por la extraña apariencia de las cosas. ¿Permanezco todavía en la misma ciudad? Estaba seguro de aproximarme al lugar de la entrevista, pero esta inesperada visión me ofusca. ¿Dónde reside el misterio, la metamorfosis que la noche establece sobre mis sentidos? Me paso las manos por los ojos, escruto los trozos sombríos, las vibraciones de los anuncios y, de pronto, retorna la identidad. Las paredes, los muros: esas costras de la ciudad, esos elementos que amo no podían ser infieles; he aquí el lugar donde soy esperado, he aquí el número preciso. Y mi cuerpo pasa con

seguridad de un milagro al otro, pero en el trayecto se pierde: lo que acaba de ocurrir no me pertenece, carece de origen. Me acerco a la puerta donde debo llamar; antes de alcanzarla siento que un barniz rojo cubre las paredes. «Sigue el hechizo de las luces, regreso», pienso. Y me detengo cerrando los ojos mientras alguien viene a abrir. Un instante más y estaré perdido: esta puerta perderá sentido o desaparecerá convertida en infinitas puertas que se abren unas tras otras. Concibo un extraño peligro, necesito escapar. Trato de fortalecerme admitiendo que nada puede ocurrir, que todo esto deriva de la mezcla de las luces y de mi percepción. Y soporto la frialdad de mi propio sudor hasta que un rostro conocido asoma tras la puerta y me habla con excesiva gravedad; pero no alcanzo a escuchar las palabras. Falla mi voluntad, tengo que huir. La noche iba a sumergirme, observo otra vez su rostro y retrocedo, huyendo bajo las estrías poderosas de la luz, corriendo hacia una nueva calle a través de centenares de calles que llevan hacia el sur.

Todo queda detrás; aquí ya ha desaparecido el poder de la ciudad: sus voces, las luces que crecen, lejanas, como ecos. Abordo ahora un trozo de carretera que se transforma en camino. Casas sórdidas; y música, estoy seguro.

De pronto encuentro rocas bajo los pies. Siento que estoy ascendiendo a la montaña. La oscuridad, musgosa y pesada, agobia mis párpados, me produce dificultad para mirar: e inesperadamente se hace transparente, animada por un esplendor propio. Si rompiera la tierra podría encontrar lámparas encendidas; florecerían untuosas luces, sombrías corrientes de luces opacas. Nada está definido auténticamente y no obstante cada cosa aparece más vasta, tapizada por insólitas claridades. La montaña que, de día, parece cortante, ya no es muralla; ahora es una escalinata porosa que se eleva lentamente, crujiente bajo mis pies. Miro hacia arriba y advierto cómo surge la cumbre, violácea, con la movilidad que los incendios prestan a las cosas quietas. Nada arde, sin embargo. La luz proviene de la altura: de la tierra que devuelve el reflejo de la ciudad. Asciendo con lentitud. Evoco entonces y me vuelvo forma.

Cuando vuelvo a pensar en la montaña descubro otra vez el sudor sobre mi piel. El vigor de los músculos y la helada atmósfera. Giro un momento y en el fondo, brillante pero insegura, palpita la ciudad. Sé que esto es como asomarse a una gruta y advertir luces imaginarias al final de la caverna. Todo brota en el silencio con fuerza propia, ajeno a mis sentidos: las rocas, la ciudad misma son una invención, un hechizo creado por el viento. Me estremece tanta serenidad; debo continuar porque —y sólo ahora lo comprendo, vertiginosamente— esto es el fin: la noche, el viento me golpean para anunciarlo, no hay oposición posible. Asumo, entonces, la condena; seguir, subir entre las

sombras hasta el final de la montaña.

En seguida comienzo a correr, marchando sobre la tierra húmeda y granulosa, sorprendido de tanta dolorosa plenitud y de sentir el temor, puro, que crece en mí sin razones ni origen. Me muevo bajo el viento, adherido al cuerpo de la montaña. De pronto, en una vuelta, la brillante negrura de la tierra me deslumbra. Queda muy poco por subir, lo presiento. No veo nada; el suelo y el cielo se funden y tras de mí la ciudad ha perdido su vigor, se cierra, no alumbra.

Permanezco apoyado contra las rocas, advirtiendo cómo el paso de la noche se hace sólido, increíblemente sonoro. Por un momento desaparece mi inquietud y yo me digo: «¿Qué recuerdas? ¿No reconstruyes algo que se estrella y que, en secreto, trastoca tu vida?» Piénsalo: es cierto. Pero no hay tregua: surge el día. La luz me impone otra vez los elementos. Y es entonces cuando soy capaz de advertir que estoy en medio de los árboles, tenso sobre las piedras e imposibilitado para avanzar por la estrechez del sendero. Un color blanco en las rocas y el abismo que se abre inmediato me remiten a las tragedias griegas. La asociación me anima y comienzo a reír.

Así, el sonido de mi propia garganta esconde por un momento la condena; desde el fondo de las montañas el fuego arrasa la tierra y se aproxima. No era el sol sino la noche misma que arde, repartiéndose en grandes fogatas de esmeralda. Huiré, huiré; aún tengo tiempo. Arrojo los zapatos y aplasto mis pies contra las rocas. Entrando en mí vertiginosamente, encuentro que los árboles y la hierba brillante me rompen los ojos y las manos. Arenosos, los troncos y las hojas descienden desde sombrías alturas, y paso debajo de ellos y los miro y sufro, pero comprendo que no tengo salvación: arde la montaña a mis espaldas; como a mí, también a ellos los hundirá el incendio, convirtiéndolos en lentas ruedas de oro, en líneas torrenciales y delicadas. Excitado e impotente, me vuelvo. Cerca caen los cuerpos rojos de los eucaliptos. No descanses. Descubro un camino y lo tomo; arriba los árboles construyen naves góticas, que se derrumban, doradas. El suelo centellea a mi paso y trato de pensar que no es posible tanto brillo. Intento después avanzar y ya no puedo: golpeo la corteza de la montaña con mi cuerpo. Y no hay salida. El final.

Admito la derrota, pero me rebelo contra la muerte. Imposible permanecer aquí; de algún modo habré de seguir. No puedo morir si creo en ellos, en el fuego y el viento. Lucho ahora con el pensamiento; una vez más el combate. Es todo. Llega entonces el fuego, las llamas me cubren y sólo tengo tiempo de ver cómo mis manos quedan, humeantes, pegadas en las rocas, mientras desaparece mi conciencia. Y aun insisto en que el incendio no puede destruirme. ¿Es que no persiste alguna forma eterna para fundirme a ella y seguir? Pierdo el derecho de sufrir: entra el fuego, implacable, en mi pensamiento; lo

consume y no alcanzo a escuchar resonancias ni voz.

2

AYER, POR ÚLTIMA vez, cumpliste dieciocho años; ahora ocurrió en la realidad, tal como nunca fue previsto. La fuerte estructura que habías construido se soltaba de tus manos, era independiente. Sabías que estabas alcanzando el momento preciso de juventud que desde antes, desde tu entrada al liceo, habías vivido innumerables veces; y todo fue felicidad hasta el atardecer de la víspera. De pronto comprendías que cuando volviere a amanecer algo se habría destruido. ¿Por qué desaparecía la prefigurada alegría de sentir que las ataduras quedarían rotas? Esa noche antes de tu cumpleaños estuviste con los amigos del liceo. Unas cervezas a la salida de clases, ofrecidas por ti sin justificar causas. Cuán poderosa la fuerza que nutre la amistad. Estar juntos: eso solamente irradia, trastroca los enfoques, impone puntos de referencia que te llenan por completo. Aun durante el mediodía, en tu casa, mientras tu hermano escuchaba sinuosas canciones cubanas, todo era saliente, vivo, capaz de penetrar en tu pensamiento para atarte a cuanto se desarrollaba alrededor.

El error estuvo en quedar solo. Un espeso crepúsculo que resplandecía, como duraznos entre las sombras, te atrapó. Y bajo eso: el vínculo que te une a los colores, el silencio de la ciudad al anochecer; ahí tendrías que hundirte para buscar el origen de la metamorfosis. No fuiste capaz de resistir, como siempre que intuyes la proximidad de uno de esos relámpagos en que algo de ti se abre a la belleza. Saliste a las calles más cercanas. Un hombre de dieciocho años (o de dieciocho años menos un día) tiene que cumplir lo que su voluntad, independizada de la conciencia, decida. Mientras salías, en la tarde, la voz de tu hermano, confundida con el sonido de la guitarra, te envolvió. ¿Qué cantaba él exactamente? En ese instante tú no podías prestar atención a esos sonidos: la voz de un niño entre las pausas de la guitarra encerraba épocas lejanas, también tu infancia, que ya no te tocaba. Huir. Sí; es cierto que intentabas acabar en un cine o pasar un rato en casa de Mariana. Pero algo, desde el oeste, te llamaba. Una extraña excitación en la piel, tu propia sangre solidificándose, en tus venas erectas, te avisaban. Y, sin embargo, marchaste. Ibas, ritual, hacia el oeste, hacia los apagados eucaliptos entre la niebla. Broza bajo los pies, tierra púrpura confundida con el pavimento roto. Llegas entonces a la vieja estación del ferrocarril. Los hierros con brillo de hielo. Y detrás, sobre la ciudad que ajusta el

cuerpo de las montañas al suyo, de músculos dorados y fluctuantes, el molino despedazado. Ya no importó el cielo violeta que caía en los rieles ni la imagen de Mariana ni las voces resonantes de tus amigos: cambiabas. Algo estaba fallando en tu cerebro; algo que te lanzaba a insólitas formas de apreciación. Había comenzado la parte más robusta de tu juventud. El dolor que sacudía las imágenes juntadas en ti hasta ese momento, y que te obligó a admitir irracionalmente la ruptura definitiva, era el mismo que abría recintos luminosos y rasgos de nuevos rostros y modalidades táctiles diferentes en tu piel. Algo te impelía a una nueva existencia. Supiste que no podrías huir; que todos los triunfos estaban reservados para ti y te sentaste, demoníaco, entre las altas hojas nebulosas, sudoroso, sonriente. Nada ocurría: sólo el hecho de tener dieciocho años y ya era suficiente para que todo estuviese al alcance de la mano. Llamaste, inesperadamente; una súbita necesidad de los seres amados, de aquellos que tenían importancia para ti, aparecía. Y lograste entonces encontrar, cercanas, las rugosas paredes de la estación, la densa atmósfera de colores que descienden de la ciudad, y la sombra —exactamente un tejido, el esquema de una borrachera— del viejo molino. Pero nadie acudió: pudiste intuir que Mariana se hundiría en vaporosos movimientos de la niebla, y que alguien, tal vez tu hermano o uno de esos jóvenes amigos que se ríen mucho por timidez, pasaba, distante. Nada, sin embargo, podía acercarlos. Tu esfuerzo, la hiriente aproximación, derivaba sólo en un movimiento de retroceso por parte de ellos: temían tu poder, temían que lograras sintetizarlos en tu propio cuerpo. Y esa huyente actitud, esa fuga que no podía ser más que la definitiva entrega de ellos —pero invertida, para mantenerse independientes— te destruyó. No supiste comprender. Caíste sobre la hierba oscura, torpe tu cuerpo y exacerbada tu lucidez, sin llanto pero dentro de esas secretas zonas del tormento, hasta que el amanecer volvió. Sobre ti, que huías del dolor con el sueño, el molino que temblaba entre nítidas luces y los árboles rojizos, inmóviles, te excluían. «Ya no habrá vínculos sino conmigo mismo. Ya no amaré», dijiste. Era de día, tenías dieciocho años y te habías revelado a ti mismo la única verdad: tu eterno esfuerzo por ser sólo uno.

He aquí cómo sentado en esta mesa, mientras el café se enfría y se vuelve turbio entre los movimientos de las luces de los autos, yo puedo oscilar sobre mí mismo, balancearme fuera del espacio, rasgar diez años y ser otra vez mi propia juventud, engañarme.

GUERRILLA

1

«¿HAN LLEGADO TODOS?», pregunto inmediatamente después de entrar, mientras nos dirigimos hacia la habitación donde los demás aguardan. El otro afirma que aún dos del grupo no han aparecido, pero que, en verdad, faltan algunos minutos para la hora fijada. Pensé que la lluvia comenzaría mientras yo avanzaba desde el café hasta este lugar; y, no obstante, la porosa capa del cielo apenas vibra, seca y amenazadora. En la sala la débil luz de la lámpara disminuye el sonido de las voces: distribuidos en bajos asientos, los hombres manipulan las armas y conversan. Sólo las dos muchachas permanecen calladas. Los matices cambiantes de los anuncios luminosos atraviesan el cristal de la ventana y transforman los rostros.

Cae una ráfaga de lluvia. Todos imperturbables. Observo cómo las gotas proporcionan la impresión de que el cristal se derrite y desciende. Con el chubasco, aparecen en la habitación, también guiados por el muchacho que me recibió, nuestros compañeros restantes. Casi en seguida acaba de llover y emerge ese bajo constante que rompe el aire de las ciudades. No hay ruidos diferenciados, sino un tumultuoso sonido, secreto, casi armónico. Desde el extremo derecho se levanta un hombre alto, moreno, y camina hasta colocarse en el centro de la pieza. Se sienta en el suelo. Va a hablarnos. Tiene aproximadamente mi misma edad; estudió conmigo y ahora apenas coincidimos en situaciones como ésta.

Un último día entre ellos y estoy sereno. Ningún nivel escapa de la madurez. Antes, en especial durante nuestras primeras salidas, la sensación de que algo extraño iba a ocurrir me atormentaba; me invadía siempre una idea obsesiva: durante la realización de las actividades habría un derrumbe en nosotros mismos. Sin embargo, como hoy, en aquellas oportunidades el objetivo específico de nuestra labor se mantenía nítido en mi pensamiento. La lucha, su excluyente dureza. Y todo me parecía indiferente hasta que nos reuníamos,

apenas percibido por mí el incipiente plan que habríamos de construir. Comenzaba entonces este ascendente frenesí. La necesidad cada vez mayor de actuar violentamente, que ya no desaparecería sino después que hubiésemos obrado, porque todo yo me volvía el objetivo inmediato, desaparecía dentro de mí mismo, entregándome por completo al instante fijado, al frío vértigo de la acción. Hoy me es difícil definir la naturaleza de aquella torrentosa sensación de vida, de asunto inmediato; y, no obstante, cómo es cierto que a veces sólo puedo vivir un poco más únicamente porque ese torbellino me espera.

Ésta es la reunión definitiva, en la cual culmina la preparación de un nuevo acto. Cuando salgamos todo será cumplido rigurosamente: nuestros cuerpos jóvenes no permiten otra posibilidad. El hombre alto puntualiza ahora. Debemos esperar el auto que nos recogerá, ya distribuidos, en la calle. Completamente quietos escuchamos, suspendida por un momento la limpieza de las armas, sus precisas instrucciones.

Pero esa súbita pérdida de la noción del tiempo y de mi propia conducta, en relación al futuro, sólo apareció realmente en nuestra segunda salida. El grupo debía rescatar a un amigo prisionero. Yo estaba inquieto; fumé interminablemente hasta el instante en que nos reunimos. El auto subió la colina, bajamos de él y vigilamos desde los sitios previstos hasta que nuestro amigo fue liberado e introducido, sano, en el carro. Inmediatamente después, cuando fue necesario disparar, ocurrió la ruptura: las luces, la noche, nosotros habíamos perdido gravedad. La huida, los chirridos de los frenos adquirían insólitas resonancias y —esto es lo importante, el núcleo de la metamorfosis— comprendí de pronto que nosotros, aunque compactos, unidos, carecíamos de conexión con lo demás. Me opuse a esa idea; luego fue obsesiva y descubrí que en los otros no existía, sino sólo en mí. Los disparos y la salvación del compañero bullían, pero como fenómeno único; todo permanecía en suspenso y nítido, como si la continuidad temporal que ataba los acontecimientos se hubiese roto. Me importaban nuestras vidas, sin embargo; fui de los que murmuraron señalando las vías más apropiadas para desaparecer, y observé, lúcido, las probabilidades de error. Al separarnos, después, ya había desaparecido la ausencia de nexos. En la cama, soñoliento, intenté de nuevo reproducir lo que recordaba. Pero había un gran hueco dentro de mi pensamiento en el que debió hundirse la media hora de nuestra labor, exactamente a partir del momento en que, exaltado, saludé la llegada del amigo rescatado.

El más joven de nosotros cruza por detrás del que está hablando y se coloca precisamente frente a mí, contra la pared del extremo opuesto. Olvido por un momento las palabras graves, casi dolorosas, del hombre alto que imparte sugerencias y me concentro en la silueta

del muchacho, escasamente iluminada por la lámpara. Contra la pared blanca, su cuerpo se destaca constituyendo una extraña escena en blanco y negro. Recorro los rostros de mis compañeros; en todos, extremada atención por las instrucciones que imparte el amigo que está de pies. He aquí otro elemento constante en las diferentes entrevistas que hemos realizado: la hiriente exactitud de las palabras.

El hombre alto inclina la cabeza. Permanece un instante en silencio y luego pregunta si hay alguna duda. Toda aclaración es necesaria; nos mira lentamente, pero no hay preguntas. La tensión en las venas de su cuello disminuye y yo pienso en la cara de una moneda: ese rostro oscuro, de héroe, define la historia. Pronto estaremos en la calle; cruzaremos la ciudad y, desbordados, sacudiremos esas partes suyas que nos hacen daño. Aún nuestro amigo espera las posibles preguntas; es temprano. Examino de pronto los pies de cada uno, dispuestos en círculo. Y la sombra de esta habitación me hace ver extraños calzados. ¿No somos nosotros los mismos que combatieron en Grecia? Por un momento no puedo responder; luego, la precisión con que hemos previsto nuestros actos de lucha me convence de que nada queda en nosotros de los antiguos guerreros. Ahora, formalmente, la lid es un juego de ajedrez: frío, blanco y exacto. Nunca estuvo la inteligencia determinando en tal medida los actos de los hombres. La línea temporal que nos ata a las otras civilizaciones sólo se refiere a la sangre y al dolor; y aun éstos poseen hoy significados diferentes.

Finalmente, el hombre alto se levanta del suelo. Sostiene aún su rostro el brillo de moneda. Va a tomar un poco de agua y, de pronto, todos volvemos a la preparación de las armas. Última limpieza. Alguien me pasa una corta ametralladora; la manipulo, examino los engranajes. Su brillo negro, casi azul, me perturba. Advierto que aquella violenta rotura de la conexión entre mis actos y los objetivos de esa acción tiende a surgir y me opongo con fuerza. Si hoy acabo, si ya no volveré a participar en esta manifestación de eternidad, nada puede alterar mi pensamiento. Me adhiero al hierro, busco su metálico contacto. Y sé que estoy a punto de perder, cuando la esfera de mi reloj me salva. Dentro de veinte minutos nos dispersaremos. Adelanto, así, el arreglo definitivo del arma.

Ya sereno, me vuelvo por un instante hacia el compañero que trabaja a mi lado. La luz de la lámpara acentúa el círculo en que nos hemos distribuido. Amo la simetría; se me ocurre pedirle al muchacho que está de pie, al fondo, que vuelva al suelo. Así, hasta el movimiento de nuestros brazos implicaría un rito. Pero no digo nada: mi compañero, al lado, abre el revólver que le correspondió hoy e introduce los proyectiles. La superficie de la pequeña mesa que está entre él y yo brilla cremosa. Sobre ella, él coloca el revólver. Se inclina hacia adelante, en seguida, e intenta levantarse, pero tropieza.

Su mano busca el borde de la mesa para sostenerse; yo adelanto el gesto de ayudarlo; pero todo transcurre con excesiva rapidez y nuestros propios movimientos quedan detrás, confusos, porque de pronto la habitación nos aplasta, salta la luz de unos a otros y sólo nos queda mirarnos. Los dedos de nuestro amigo al chocar con la mesa han incidido sobre el arma; un halo azul, un fogonazo sin ruido, y el muchacho que estaba de pie se derrumba. Justamente cuando cae sobre el piso, de frente, puedo advertir la mancha que crece en su garganta. Imposible definir nada; me acerco a él. Bajo la luz, su chaqueta y el piso son rojos. Nadie habla. Han terminado todos los movimientos y durante muchos segundos seguimos igual hasta que el grito de culpabilidad del compañero rasga la inmovilidad. Está a nuestras espaldas, solloza; su rostro sin expresión se nos ofrece, nítido, dentro del círculo de luz. Una de las muchachas avanza hacia él; lo sostiene.

Ahora en el piso colocamos una tela blanca y sobre ella, siempre recortado en blanco y negro, pero con cambiantes formas rojas, el cuerpo del muchacho. Me digo: «El héroe». Tal vez pronuncio esas palabras. Me equivoqué cuando ataba la historia con nuestro líder. Es aquí donde se queda el núcleo de los hechos que, luego, trastornan la realidad. El dolor; sufro indudablemente, pero hay algo que escapa, que me impide conocer lo que siento. Será después, algún día, cuando podré colocar un nombre a esto.

No podemos esperar, sin embargo. Se impone ahora revisar el plan. Surge un nuevo esquema (de alguna manera previsto también de antemano). Y comenzamos a depender de este nuevo recurso. Aflora otra vez el ritmo que habrán de llevar nuestros actos. No evito sonreír, burlándome de los griegos y los romanos: el otro plan evidencia la inteligencia llevada a extremos irreales.

Una de las muchachas esconderá al compañero que originó el disparo. El cadáver esperará hasta el amanecer y nosotros ocultamos las armas en nuestros cuerpos, cerramos la ventana y apagamos la lámpara. Salimos. La avenida centelleante. El frío me azota la cara; siento alegría de que no esté lloviendo.

2

QUISE EVITARLO, PERO llego retrasado. ¿Acaso la prolongada conversación con Ira, en el café? Empujo la puerta y ninguno de los rostros se vuelve; soy esperado. No es necesario hablar; individualmente ya nos ha sido explicado, en detalles, cuanto

habremos de realizar. Alguien me entrega las bombas. Los que vamos a lanzarlas quedamos equipados, así; y en un instante nos dirigimos, por turno, hacia la calle. En el momento en que cruzo el umbral de la puerta, unas líneas de Shakespeare, que leí no sé dónde, acuden, nítidas: «Te comunicas con los sueños… ¿Cómo puede ser?… Obras de concierto con lo irreal, y te asocias a la nada. Luego es muy creíble que puedas juntamente con algo». Rechazo la asociación. Esto puede tener apariencia de sueño; en ocasiones anteriores, similares, sólo los sonidos de nuestros movimientos, el peligro y el miedo a veces lograban asentar la realidad. Pero deja que el sudor arribe a tu piel, deja que te humedezca y ya con ello habrás excluido todo asunto imaginario. Así, vuelvo a establecer cáusticamente las delimitaciones. Y me encuentro con los acontecimientos, escuetos, que arrojan a Shakespeare. Nos queda un tiempo estrictamente establecido cuyo desarrollo está contando a partir del momento en que he cruzado la puerta. Al final de la calle espera el automóvil. La noche, muy fría, corta la ropa, penetra más acá de los músculos. Cuando doy los primeros pasos aparece un auto policial. Continúo, sin embargo, tranquilo, descuidado, sintiendo desproporcionado el peso de los explosivos. La luz del carro me ilumina e ilumina nuestro vehículo, detenido más allá. Después, la patrulla sigue, y yo detrás de ella y, a mis espaldas, los pasos de los otros compañeros. Antes de abordar el vehículo, el grupo se hace compacto.

Una huella azul y roja incendia fugazmente la calle cuando los colores del anuncio luminoso cambian; y nosotros penetramos en el carro con prisa, en el orden dispuesto. Entonces, antes de que se extinga el ruido de las portezuelas que se cierran, empieza la vertiginosa travesía. Calles, avenidas. Las luces descomponen, sucesivamente, nuestros rostros. Acude a mi cuerpo una extraña gravedad que impone impresiones de aniquilamiento y de descomposición, bajo la fuerza del viento. Desde este ángulo, las siluetas de los demás (y, seguramente, la mía) se retuercen; los colores hincan cada superficie: manos, ojos; y en fugaces agrupaciones todo se tambalea, inaudito, lógico.

Las ventanas de los altos edificios vibran a nuestro paso. Nos desplazamos sobre la parte final de la avenida; ya no hay colores y, de pronto, la luz también desaparece: estamos en la carretera. Arriba, un cielo de textura negra, muy suave. El amigo que conduce exclama «¡Ahora!», y el vehículo ruge, más poderoso, velocísimo. Retardo el pensamiento y entonces creo que logro hacerlo avanzar con la velocidad del carro. Ahora puedo percibir por momentos la dura hierba que bordea la vía; y la advierto incolora, como la tierra de las colinas. La noche apaga los matices, reconstruye.

Averiguo la hora con alguien. Sonriendo el otro contesta y

murmura acerca de mi impaciencia. Esto no es impaciencia, pienso explicar, pero no hablo. Aún faltan tres horas de marcha. Llegaremos; los otros están esperando por nosotros. Este moreno, que va a mi lado, y yo cumpliremos el plan. Imposible fallar: quienes hemos pensado en nuestros actos hasta exacerbarlos y hacerlos caricaturas, quienes ya no podemos creer en ellos y estamos, por lo tanto, obligados a cumplirlos con desconfianza triunfamos.

Después de medianoche las lejanas manchas rojas que descienden del cielo atraen nuestra atención: bajo esas amplias nubes está el objetivo. Desde él sube la luz y el cielo la devuelve, rota, increíblemente variada y hermosa, a la llanura. Dentro de algunos minutos habremos llegado. Cambio de posición. Tengo la frente caliente, pero el cuerpo fresco y elástico. Así, tan próximo al peligroso objetivo, abandono toda imagen que alguna vez me afectara, rechazo los recuerdos; estoy en blanco. Apenas la piel, sólo la piel me queda de mi otra identidad. Y sé que en el instante preciso aun ella desaparecerá: me haré pura acción, un plan que se cumple, esquemáticamente, por sí mismo. El acto debe ser, nada más; debe desplazar lo demás, incluida la misma fe con la cual fue creado y persistir, único, intemporal, sobre la propia vida de quien lo cumple.

Sólo un poco más. Pienso en las ruedas que ahora giran lentamente; poros de un sol, simétricas. Y su débil sonido sobre el silencio instila la pregunta: ¿y si realmente es el final?

El conductor dice una palabra. Frente a nosotros está la gruesa arteria que debemos destruir. El aire caliente de la madrugada nos asfixia. Larga tierra, plana, cuyos escasos bosques comenzamos a utilizar para permanecer desapercibidos. Cuando mi compañero y yo dejamos el carro, la grasosa apariencia de las nubes (tan bajas, interminables) me hace sudar. En un sitio oscuro se ha detenido el automóvil. Sólo nosotros podemos adivinar su leve mancha al borde de los matorrales y sólo nosotros podemos gustar la seguridad que las armas de nuestros amigos y sus ojos nos prestan desde allá.

Mi amigo y yo, sin embargo, nos destacamos nítidamente al avanzar. El maldito descenso del cielo atrapa la luz de los reflectores y la convierte en vertiginosas esferas que nos rodean. Avanzamos adheridos al cercado de alambres; también en él las largas hojas de la hierba, los bejucos, originan un aspecto de fortaleza. A veces, me vuelvo hacia el automóvil; hemos dejado su sombra detrás y, bajo la humosa claridad, siento que se aproxima lentamente. Un súbito brillo arenoso, en el cielo, me sorprende: va a amanecer. Al fondo, tras algunos árboles que señalan el final del cercado de alambres, advertimos el sitio iluminado donde el empleado hace guardia. A sus espaldas, entre él y nosotros está la llave central de la gran tubería. Sólo ahí es vulnerable la red que distribuye el petróleo; y nosotros

vamos a destruir ese punto. El cielo penetra en mis ojos. Niveles de penumbra. Muy cercano, el vehículo que nos espera. El calor ha desaparecido; continúo sudando. Hasta tanto ocurra el cambio de guardia no podremos actuar nosotros. «Una antigua pieza de teatro», me digo.

Y de pronto todo se precipita. Ahora estamos ocultos por la curva de la amplia tubería. Observo manchas muy oscuras en su superficie y el olor a herrumbre me hace verlas rojas. Los árboles, en segundo plano, también nos cubren. Toco la callosa forma de las bombas. Un brevísimo chorro de luz, desde el carro, nos alerta. Me duelen los ojos tratando de ver exactamente: en la entrada de la compañía petrolera el guardián camina lentamente y mira con fijeza hacia adentro. Alguien viene a relevarlo. Y ahí, apenas visible, humilde al pie de la puerta metálica, la llave, el objetivo. Nada puede alterarse hoy: en este momento ya deberían ambos haber entrado a la casilla gris. Un cambio de guardia implica también revisión de documentos, frases claves para quienes lo realizan. Más adentro, protegidos por las luces de los focos, otros ojos, los de aquellos hombres encargados de guardar la compañía, deben estar observando igualmente la escena con las dos siluetas. Por un momento me pregunto si, en verdad, sostienen ellos cada instante esta tensa actitud que requiere la vigilancia. Después pienso en sus armas y, de pronto, mis actos se adelantan al pensamiento. Contra mi cuerpo, mi compañero me observa. Es cosa de segundos. La casilla está lo suficientemente alejada para que ambos guardias no caigan con el estallido. Y ellos ahora caminan hacia allá. Sus sombras azules: lo último que veo en detalle antes de comenzar a alejarme. Nos movemos nerviosamente, excluida la audacia. Nadie nos ha visto y el juego está dominado por nosotros.

Simétricamente, cuando los guardias penetran en la casita gris, hemos obtenido la distancia precisa para actuar. Me es suficiente echar la mano hacia atrás para tocar la húmeda superficie del carro. Todo como fue previsto. Miro a mi amigo, está pálido. Levantamos los brazos; suelto la pequeña esfera fría, porosa.

Después, ya nada me pertenece. Antes de que haya el choque del fuego contra la tierra, estamos avanzando, de regreso, sobre el camino crujiente. Al volverme, sin embargo, la violación de la niebla me conmueve. No hay cielo ahora sino cavernas negras y azules. Desde el fondo de ellas el sol emerge, tiernamente, distorsiona formas y colores y enceguece. Y su fuerza me impide pensar; imposible haber tocado a los guardias. Después, la membranosa estructura del humo cambia y se riega; bullente, negro, algo cae sobre nosotros. Es inútil alejarnos, el gas de petróleo ha cubierto la llanura. El conductor acelera. Y, de nuevo, la oscuridad del cielo desaparece: luces, brillantes verdores,

rojo, un vago color limón que desciende líquido y casi no toca. Y sólo entre tanto ardor comprendo que aún no amanece; no era el sol sino las llamas, muy altas.

Después, olvido todo. No estoy cansado, pero hay algo de más en mi cuerpo. Debió ser la belleza del desastre. En todo momento la belleza, como una serpiente, me destruye. Y tal vez ni siquiera es eso; pero estoy olvidando y las voces victoriosas de mis compañeros me ayudan a lograrlo. Es formidable estar cerca de ellos, escucharlos; pueden guiarme para que yo sea capaz de entender en momentos como éstos cuando ni yo mismo puedo luchar contra el olvido. Cierro los ojos; parece que no nos moviéramos, pero cuando despierto el día incide sobre la ciudad, ascienden cúpulas y agujas doradas; el brillo refrescante de las cosas conocidas me produce alegría. Solicito un cigarrillo y comienzo a pensar que tengo necesidad de beber algo muy fuerte.

UN LIBRO INFIEL

¡HACE YA TANTO tiempo de esto! Aquella noche Ira levantó la botella y arrojó un poco de licor sobre mi libro. Yo encendí un fósforo; en la oscuridad, rodeado por los rostros de algunos amigos, vi cómo la llama azul envolvía las páginas, hacía doradas las letras y desaparecía luego, silenciosa, arrastrando consigo una forma de mi propia existencia. Muy cerca, Ira murmuró: «Pero no es a ti a quien debo besar esta noche sino a David; él construyó este hermoso objeto, este libro». Sonreí. Como siempre, David no había venido. Otro amigo, Ira y él: las únicas personas importantes para mí esta noche. Yo acababa de llegar de la imprenta; la improvisada fiesta resultaba bien. Por un momento, viendo el pequeño volumen de papel, la carátula con el título y mi nombre —un juego de equilibrios, la diagramación de David, similar a todos sus actos—, por un momento estuve seguro: así, protegido, mi libro se salvaría, sería eterno. Finalmente, ahí estaba el eslabón: el largo deseo se había cumplido; podía mirar un libro mío. Esta pequeña cosa me vinculaba a otro universo; yo ignoraba hacia dónde iría ella, pero intuía, sintiendo el calor de la llama sobre mis manos, que comenzaba a estar atado a un nuevo orden de fenómenos. Hice chistes y respondí a las frases del grupo ridiculizándome.

Escasas personas en la reunión organizada por Ira; y todas ajenas a la génesis del libro. Tres años atrás, cuando no conocía a ninguno de estos seres, escribí ese volumen. Ni siquiera ellos mismos, ahora, conocen lo que he narrado. He aquí un hecho puro: estas personas están conmigo y celebran algo que desconocen. Así lo prefiero, no obstante. No soportaría ver esta noche en algún rostro la señal de acercamiento que produce haber compartido un acontecimiento. Los que estuvieron conmigo, hace tres años, han desaparecido. De ellos queda el reflejo que rescaté en estas páginas. Así permanezco resguardado mientras las sonrisas y los ojos de mis acompañantes me rodean. Es cierto que con este acto estoy desnudando otras apariencias de mí mismo, pero ello no es válido ahora: sólo después, cuando nos hayamos separado, cuando no tengamos nada en común de nuevo, después, en verdad, importará realmente esto.

Acudo un momento al balcón; debajo, algunos árboles y los bancos

de un parque. La luz espesa del apartamento de Ira. Música de cumbia: «Quiero amanecer, cantando…». La gruesa voz de una mujer en el disco. Los sonidos, las voces de los otros. Y el brillo de mi ciudad, ajeno, indiferente, ignorante de que ésta es una noche que posee un sello exclusivo. Observo los árboles y las lejanas avenidas; ese rasgo impersonal, que aglutina todas las emociones al mismo tiempo, es el arma más hiriente de la ciudad. Por ello me atrapa, por ello me rechaza. Ocres en los rostros que pasan, cercanos; manos ocres que se juntan para bailar. Y afuera el azul carnoso de la ciudad. ¿Dónde estoy exactamente? Ira me llama, sobre la música. Se acerca. «No —le digo—, no he huido; salté un momento a cualquier habitación, a cualquier calle y descubrí que no estaba en ningún sitio. He vuelto». Ira se ríe. Regresa a la sala y desde aquí veo el cuerpo blanco de mi libro, en sus manos. Extraña arquitectura; el cuerpo bello de la mujer y mis palabras tocándolo en secreto.

He escrito un libro que es una trampa. No tengo la culpa: Mondriaan me enseñó. Conozco mis personajes, puedo revisar sus movimientos y sus expresiones y seguirlos con la memoria. Las escenas han sido engranadas para proporcionar al lector la sorpresa final: la cúspide de una construcción que se desarrolla a través de líneas convergentes. Alguien, estoy seguro, llegará a amar esas ficciones a las que he dado nombres. Alguien va a creer que en algún momento de mi vida existieron los lugares que describí. Pero todos darán vueltas inútiles: fuera de mi libro nada de eso ha habido, sólo hay una constante ausencia de personajes y de situaciones. Me estaré burlando con el más elemental instrumento: el símbolo. Y me habré burlado doblemente porque estaré engañando con lo que descubrí en Mondriaan; éste, cáustico, invirtió las cosas: el ritmo y el equilibrio, que eran elementos de toda la pintura, pasan, con él, a ser el objetivo de la misma. Así, mi libro no tiene más que un tema: la estética misma, lo restante es excusa. He aquí lo que nadie advertirá: muestro un capítulo para desmenuzar los límites del valor histórico y el valor estético en el arte, pero desarrollado durante un vuelo de avión. Un capítulo, que describe una fiesta, en el cual analizo la actividad psíquica del creador como tal. Un capítulo sobre la belleza y el conocimiento: lo reduzco a un baño de los protagonistas en la piscina del hotel. Y luego, la parte irónica, los chistes, para desenvolver la parte más aguda. Ni tú, Ira, descubrirás el juego. Ni tú, ciudad, serás ajena a mi burla. Ya estás incluida. Guardo el secreto; ahogo mi bestial risa mental y hago otro rostro para mí y entro a la sala.

Entonces llega David. Ira lo trae del brazo y nos saludamos con un grito. Por fin alguien que ha sido testigo de mi propio libro; pero es el único testigo que no hablará. Debería decirle que, bajo la envoltura creada por él, mis propias palabras se hacen más firmes. La luz dorada

envuelve las siluetas de Ira y de David; se alejan, van a la mesa y, sonriendo, se voltean hacia mí: hay rosas rojas sobre las páginas del libro. «Qué tontería; no me gustan las flores», pienso decir. Pero bajo la luz, detrás de las sonrisas de ellos dos, el rojo impone un perfecto equilibrio al papel. Rojo sobre blanco griego. Nunca me negaré ante los colores; han vencido.

Envolviéndonos, la música pastosa y sensual. Vuelvo otra vez al balcón, camino sobre el ingente brillo de las lejanas montañas. Como un vértigo acepto la presencia de esa constante en mí: los polos. Pienso que conozco mi propio territorio; soy un hombre que sabe palpar sus propios límites: por eso no me sorprende ascender, dejarme llevar hacia niveles en los cuales mi cuerpo casi desaparece. En esos momentos me nutro de abstracción. Me vuelvo mudo y ciego y mi piel se invierte: sólo hacia dentro fluye la sensibilidad, en un grado tal de agudeza que es ya pensamiento puro. Períodos en los que no existo verdaderamente: aun el razonamiento se hace ficción, se transforma en otra historia que carece de ubicación porque no hay quien esté viviéndola. Nunca puedo conocer de antemano si esa situación desembocará en un extraño deleite estético —de feroz alegría, presente— o en el desencadenamiento de formas más puras aún, sin representaciones, sin palabras, sólo como estados que se devoran entre sí. Irreal fagocitosis. Pero, cualquiera que sea la resultante, ahí encuentro el vínculo divino; vuelvo a ser un ángel o Dios, la unidad. Cuando desciendo, en cambio, brota únicamente mi cuerpo y lo que me queda de espíritu es también sensorial. Corto las conexiones conmigo mismo; mi conciencia pierde identidad. Y de ahí deriva el máximo deleite: la lucidez que se vuelve contra sí misma y llega, rompiendo engranajes, a ser sensación; llamas, colores, tierra y sentimientos, todo una sola cosa, un grueso conjunto en el que no persisten delimitaciones. ¿A qué me entrego entonces? A los más bestiales ritmos de la sensibilidad, a esos que se esconden bajo la ebriedad, bajo el éxtasis de permanecer inmóvil sobre la ciudad, durante los largos paseos solitarios.

La mano de Ira en mi cuello. Aproximo su cuerpo al mío y me vuelvo lentamente hacia ella; al fondo, los demás bailan. David, en un lado, permanece solitario y silencioso: nunca se atreve. Esta voz de Ira, cubierta de sedosas tonalidades púrpuras, tiembla un momento junto a mí. Ira tiene miedo, lo intuyo en esa lentitud suya y en esas vacilaciones. En una mujer como tú el temor me conmueve. Ha regresado después de un año de ausencia. Contra su voluntad abandonó la ciudad. Apenas ayer la vi por primera vez, después de esos meses. Supo lo del libro; se aferró a la idea de la reunión y ahora se estremece, aquí, insegura. La sombra de mi cuerpo cae sobre su rostro. Estos ojos que desequilibran. «No me hagas caso. ¿Eres muy

feliz hoy, verdad? No atiendas a lo que te digo, pero estoy buscándote porque todos los rostros me hieren. ¿Sabes lo que es regresar? ¿Sabes cómo es afrontar de nuevo esas miradas —las más terribles, las de los amigos— que registran cada detalle en ti para establecer inexplicables comparaciones? Nadie dice nada acerca de ello, no obstante, y es ese silencio lo que más hondamente perturba. Un año sin vernos. ¿Exactamente qué soy para ellos? Y tú: tú también me juzgas. En este momento soy capaz de hablarte porque estoy fuera de la luz; en el fondo, es a ti a quien más temo. Porque te amo y porque nos hemos amado. Los rostros de los amantes no deben ser vistos nunca más, después de la separación. A menos que se quiera añadir otra dimensión al dolor: el amor mismo no es la prueba del conocimiento sino ésta, la del encuentro. Porque ese juego del espejo —los amantes tienen el mismo rostro— sólo se descubre en ese instante». Adolorida Ira; la dejo hincar su piel en la mía. La sombría vibración de las voces, la música y el llanto de esta mujer. Adentro, David. Y, sobre la mesa, el cuerpo rojizo de mi libro. ¿En cuál límite estoy ahora, dónde me muevo? Ni siquiera acuden las palabras: lo único que poseía me abandona. Siento que estoy desnudo, próximo al mar, igual que una noche de hace muchos años, cuando era joven. Y, como entonces, también hoy soy incapaz de denominar, de anunciar. Aquella vez, dentro del viento, Ira había dicho: «La luna está sobre el mar como sobre un salón», y yo la abracé y nos deslizamos desnudos sobre la gran superficie brillante, callados. La gran sala era nuestra. Hoy no podemos avanzar. El mar es esta ciudad y nos ha eliminado. Comprendo ahora, Ira: también yo regreso. Quise que estuviéramos juntos esta noche —tú, David, los demás— para comparar, y he perdido; vuelvo desde el recuerdo —que nada interrumpe— y ya no tengo derecho de sorprenderme por el silencio. No hablar; ocultarme. Tú lo habías dicho también, Ira, esa noche en la playa: «Por lo menos tú tienes el recurso de la muerte». Y lo alcanzo en el momento preciso. He ahí lo que haré: ocultarme para siempre, aunque quieran impedirme abandonar la fiesta.

SEGUNDO DÍA

EL CANSANCIO ME impide reposar después de la inquietante noche. La muerte del adolescente, la caída de su cuerpo contra el piso blanco se repite, intermitente. Sol robusto. Ahora es fuerte la luz: brillan los parques y, no obstante, me invade una sensación de borrachera.

Cuando lo encuentro mi amigo lee un libro negro. Apenas ha respondido a mi saludo al dejarme entrar a su apartamento y continúa, inquieto, buscando algo dentro del texto. Por un momento reaparece el sonido del cuerpo que cae; avanza en mis músculos una extraña vibración: ¡maldita memoria! Y, justamente entonces, con la voz de mi amigo, reaparece la mañana, crece la complicada sonoridad de la ciudad, afuera.

Él grita: «Aquí está, escucha: "¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres suba arriba y que el espíritu del animal descienda debajo de la tierra?"». He aquí las palabras de un hombre que había acabado con Dios.

Habla durante algunos minutos y al final yo respondo con monosílabos. He venido lleno de nostalgia de Dios y sólo encuentro que mi amigo busca en la Biblia las pruebas que lo niegan. Permanezco inmóvil dentro de esta necesidad de reposo; ni siquiera poseo fuerzas ahora para acercarme a Dios o para excluirlo.

Me coloco contra la ventana; el sol arroja una penetrante frescura que viene desde los pinos, desde el parque. Asumo, en verdad, la mañana final; por eso he alcanzado esta transparencia, por eso mis propias palabras parecen simples y nítidas: reflejan mi falta de fuerza para tocar las cosas. Ahora, dentro de estas claridades, es cuando comprendo que nada está dado. Y aun un lenguaje tan simple —el de mi propia historia, al pensarla— debe ser examinado innumerables veces por mí mismo. «¿Hay alguien más aquí?», pregunto de pronto y, sin esperar la respuesta, busco un poco de café. El calor me reanima; solicito algo más, desde la cocina; la mujer de mi amigo acude, gentil, y coloca pan sobre la mesa. «Es tarde para desayunar sólo con esto, pero no tengo otra cosa…». El pan y el café, poderosos, traen un inusitado vigor. La luz, afuera, se hace penetrante y el olor crudo de los pinos me estremece. Mi amigo todavía habla de Dios. Se me ocurre

burlarme de él, pero su voz arrastra las frases a un nuevo terreno y, sorprendido, comprendo que escuchándolo he descubierto la armazón que nos sostiene. Él ha dicho: «A menos, claro, que Dios sea la inmortalidad; sin embargo, entonces ya no sería Dios ni tampoco tendríamos nosotros algo que ver con él…». Y la palabra inmortalidad ocupa mi pensamiento, mi cuerpo; una asociación: la muerte del muchacho ha sido gloriosa pero sólo por esta nueva razón. Desaparece la voz de mi amigo, su lucha con Dios. Ahora entiendo lo que es el relámpago, la eternidad: adquirir el instante, fundirse en él con tal intensidad y tal grado de lucidez que no haya tiempo de vivirlo realmente. Veo el choque del cuerpo del muchacho con la muerte: la inmortalidad es, además, individual. Hay entonces dos alternativas: o concluir o advertir el corte y continuar. Y yo estoy en el apartamento de mi amigo y vuelvo a sentir sus palabras y ya no importa conocer cuáles son sus conclusiones, porque todo ha cambiado de estructura. Mi cuerpo absorbe un súbito poder de éxtasis que proviene de las paredes, del color que el pan toma bajo el sol y de la mirada brillante que la mujer detiene sobre mi amigo mientras lo escucha. Tomo un poco de agua, acudo de nuevo a la ventana, tiembla el día sobre las cosas. Si estuviera en la oficina ejecutaría en un momento todo el trabajo de la semana y solicitaría ayudar a los demás para agotar esta exaltación. El contacto de los dedos con la superficie de la ventana crea una milagrosa impresión: madera, piel y rocas conjugándose de nuevo.

También de pronto aprecio la interminable conversación de mi amigo en una nueva forma: es cierto, él habla siempre; pero ¿qué esconde su voz torrentosa? Nada más que la seguridad de su propia validez; un rasgo infantil; sin embargo, comprendo su necesidad de poder: si él callara, desaparecería. Está condenado a mantener el equilibrio de su existencia sobre ese extraño fenómeno que es su propia voz. Una cómica conexión. Observo el resplandor de la calle y me reúno con mi amigo y su mujer justamente cuando ella se ha levantado y, sonriendo, lo arrastra hacia su cuarto. «Un momento», dice él, y salen. En verdad, comienza la mañana y aún mi hermano no debe estar en su casa; Ira sólo me espera esta noche. No hay nada que hacer entretanto. Son estos momentos vacíos, en los cuales la única circunstancia soy yo mismo, los que más me sorprenden: por eso he decidido seguir los acontecimientos de hoy como si fuese éste el día de mi muerte. Y estoy tentado de creer que la proximidad de la muerte descubre verdaderamente las cosas, excluye las alteraciones que implica el futuro. En la otra habitación mi amigo y su mujer se aman. ¿Están fuera de la muerte porque el amor los hace inconscientes? Me acerco al estante donde se encuentran los discos y los libros. La Biblia abierta, sobre la superficie roja. «¿Quién sabe que el esp…?». Y de

nuevo imagino la expresión de mi amigo cuando gritaba esa frase. Su descubrimiento lo llevó a acostarse con la mujer. ¿Es ésa su conexión con la Biblia? Repaso los discos, entonces, y encuentro una suite de Bach; atravieso la sala, coloco el disco en el aparato. La orquesta de cuerdas inicia la melodía. Es suficiente el primer acorde para que la inexplicable estructura de la música sacuda la habitación y los objetos y los posea. Todo ha entrado en la música, menos yo. Puedo seguir esa línea abstracta que gira, vibra y marcha sobre los violonchelos, pero soy exterior. A ese gran torrente sólo penetra algo mío, mi sensibilidad; lo demás —lo auténtico— queda afuera. La suite de Bach arrasa el lugar, es el viento. Siento cómo pasa y establece heridas en mi piel y, sin embargo, yo no soy llevado por ella. La música, la más fuerte casa, alcanza al cielo y limita mi cuerpo, exactamente como un traje que se ajustara a mí en sentido inverso. He aquí el único reino y he aquí al único hombre que no puede penetrar. Sufro. Golpeo la fuerte cámara, me desnudo y la toco con todos los sentidos; desfallezco: sólo consigo registrar la huella de la música, no entrar en ella. Ya lo sé: es inútil repetir el combate y no obstante lo emprendo cada vez con mayor fuerza, como ahora, mientras la voz sorpresiva de Bach me asalta desde todos los sitios. Música grave, como un madero nudoso; canta la orquesta, Bach señala lentamente la soledad, mi lógico exilio.

Ondula la música de oro y resplandece en mi pensamiento. Cada grupo de instrumentos repite el canto y es increíble esta confusión simétrica, clara. Incapacitado para traspasar los límites: yo. La suite concluye; la línea luminosa cruza sobre mí, rápida, y se detiene en un punto sorprendente, exacta. Permanezco algunos segundos inclinado, extraño a mí mismo mientras me recupero y, de pronto, escucho las voces de mis amigos que regresan. La mujer trae los cabellos recogidos arriba y, en ellos, destellos de uva que contrastan con su piel blanca. Mi amigo sonríe. «Amor estricto, simple», me digo, pero antes que lleguen cerca de mí tengo tiempo de preguntarme qué sé yo de su felicidad; nombrar algo de ellos es cambiarlo. Y vienen y me rodean y hablan, inesperadamente.

En seguida ella va hasta la ventana y el hombre habla de Bach.

«¿Qué tienes?», murmura, mientras yo evoco, subyacente, la escena de la noche anterior: mis amigos, la muerte del adolescente. Y no contesto porque él ha continuado hablando y porque, de pronto, me identifico con sus frases. «Nadie acude a Bach —ha dicho— sino para huir del tormento. Sólo la armonía se opone al dolor». Y mi amigo se aleja para comparar a Bach y para buscar adjetivos apropiados. Veo su rostro moreno, levemente arrugado. La lenta erosión. Y él dice ahora: «… porque con Beethoven el tormento no es nuestro; viene con él, es una forma de huir, ¿comprendes?».

Pero ya no escucho. El reflejo del sol multiplica las superficies de las cosas. Voy a ver a mi hermano. Digo adiós y aún no he salido cuando ellos se acercan para invitarme a un bar. Temprano, esta noche, podríamos ir, dicen. Rechazo la idea, sin explicar nada. Pienso en Ira, en su cuerpo hermoso.

LA GUITARRA EN EL SOL

1

DESPUÉS DE ESTA calle blanca cuyas casas están rodeadas por escaleras, alcanzo la puerta de la habitación de mi hermano. Entro sin llamar y lo encuentro, como tantas veces, con su guitarra; mis pisadas lo hacen volverse un momento, le digo «Sigue» y me coloco en frente, cercano a la ventana. Las manos de abultadas venas, como las mías, sobre las cuerdas; es increíble la suavidad de la música, su serenidad construida por los dedos nerviosos. Sonreímos. Examino su rostro inclinado hacia el instrumento, su cuerpo delgado y quemado. Asoma un breve tema de Albinoni y en seguida conversamos un poco; todo es directo entre nosotros, tal vez porque aún persiste ese género de vínculos que sólo origina la infancia. Admito de pronto que la infancia es el tiempo de la libertad porque en ella predomina lo impenetrable. Entonces él me avisa de su boda; es auténtica su felicidad. Me entusiasma su vigor, pero permanezco silencioso. Si se puede hablar de constantes, mi hermano está entre ellos. Cada día introduce nuevos esquemas en sus actos y, sin embargo, gira bajo una modalidad exclusiva. Hace muchos años pude haber dicho que todo esto iba a suceder y en nada me habría equivocado; es un hombre previsible aunque cada día de su vida sea insólito.

Vuelve a tocar. Los ojos negros asedian las cuerdas; pasa violentamente cuanto me espera, mañana, y olvido la presencia del hombre. Es una alucinación mi propia vida, un fenómeno único, y, no obstante, ¿en qué se diferencia de las de los demás? Las paredes de la habitación son rugosas y claras y se cubren con los reflejos que la puerta, abierta desde mi llegada, deja penetrar. Mi hermano y yo hemos estado siempre detenidos en este momento: en un prolongado mediodía, sereno y luminoso. Antes de su viaje aún conservaba la inquietud, la violencia secreta; después, al regresar, dijo: «Soy poderoso, no haré nada», y comenzó a buscar con frecuencia su guitarra y a emprender nuevas salidas, súbitas y breves. En esa

situación exactamente comencé a admirarlo. Olvidé mis antiguas sugerencias para que volviera a los estudios y decidí compartir su conducta, únicamente.

Durante uno de sus viajes me escribió; era un acto extraño en quien injuria la escritura; de este modo conocí el otro recurso que añadía a su comportamiento: se oponía a nuestra decisión de que el amor era sólo sexo y empezó a amar descartando del primer nivel la relación corporal. La muchacha, muy joven, casi en la pubertad, tenía el pelo rojizo y los ojos hermosos; nunca pude fijar su extraño nombre. Aun ahora soy incapaz de precisar si la novia es aquella misma muchacha, pero prefiero no interrumpir la robusta melodía, grave, que él está creando. ¿Y fue la mujer verdaderamente un elemento impuesto por la realidad o sólo una consecuencia de la perenne construcción que él ejecuta consigo mismo?

Atravieso lentamente la habitación; la guitarra nos trae a Fray Angélico cuando los cristales de los automóviles desde afuera arrojan inusitados brillos sobre nosotros. Las tensas cuerdas se hacen doradas. «No vivimos esta situación por casualidad —le digo— sino porque la hemos creado. Estamos forjando otra ética, por eso existe tanta fuerza en nuestra unión». Mi hermano es silencioso y sereno, puede entender las frases más sutiles, pero no habla, y cuando lo hace sólo ironiza. Detiene la música y expone, cambiando de posición:

—Estoy, creo, condenado a encontrar confirmadas tus palabras.

Yo me río; en el fondo, me elogia, pero su expresión no parece estar adjetivando. La calificación está en mí; mi actitud de felicidad es contra mí, entonces. En seguida murmura algo más y narra un extraño acontecimiento. Yo me tiendo en el piso. También sus ideas —las que conozco— son confirmadas por mí. ¿Y qué si no eso, advertir la huella del otro, ocurre después de todo contacto humano? Habría una sola objeción: en verdad no alcanzamos lo que se nos quiere decir. Pero éste es otro asunto. Y, cuando voy a aclararlo, la entrada de un hombre me obliga a callar. El mediodía es intenso; afuera el cielo debe haber desaparecido ante tanta luz. Mi hermano levanta el rostro y saluda; yo diría que sonríe, aunque su cara es inexpresiva. De inmediato, se inclina sobre el instrumento.

El visitante es más joven que nosotros; viste de negro, con elegancia. Pierde por un momento la seguridad con que entrara y luego, firme otra vez, acude al asiento donde antes estuve yo. Comienza la melodía de una antigua canción, melancólica, compuesta por mi hermano en su adolescencia. Me sorprende que él pueda recordarla con tanta precisión; examino el rostro del visitante y concluyo que, definitivamente, nunca lo he visto. Mi hermano, al parecer, tampoco. Y, sin embargo, lo acepta en su habitación y le permite la misma conducta que a mí. Por un momento pienso que

para él no existe ninguna diferencia entre el visitante y yo; la idea me sacude, pero vuelvo a la tranquilidad. Si es cierto ello, significa que hemos alcanzado tal proximidad que nada podrá destruir nuestro vínculo. Yo sigo acostado en el piso frío y me quito los zapatos y la camisa y los arrojo hacia la puerta. Desde este ángulo el rostro de mi hermano produce una aguda impresión de solemnidad, concentrado. Ni siquiera observa al otro cuando se levanta y comienza, después de recorrer la habitación, a gesticular desagradablemente. En principio, sólo me molestan sus gestos porque su silueta corta la luz de la puerta y porque me hace olvidar la canción; es mucho más tarde cuando comprendo que sus manos sustituyen a su voz.

«Definitivamente, el mudo trata de comunicar algo con sus gestos y el eje de lo que cuenta ha de ser mi hermano», pienso. No obstante, éste no abandona la guitarra aunque sigue, indiferente, los movimientos del visitante. Hay algo insólito en esta situación; murmuro una frase de protesta y es entonces cuando desaparece la música y mi hermano dice, a su vez entrecortadamente, que no puede comprender; que aun cuando hablare el otro, tampoco entendería. «Si se trata de poner en acción tus propios esquemas, tus conceptos, piensa que él expresa asuntos inteligibles…», murmura. Y en seguida continúa tocando. Sus escasas palabras me deslumbran; estoy contra ellas, pero sé que tiene razón. Inquieto, me levanto, tomo el brazo del visitante y le señalo la puerta.

Es cierto e injusto tanto dolor, y sólo puedo aceptarlo, seguir. Pero aún sufro de ser rebelde y busco urgentemente una explicación, la raíz de la condena. Y me aferro de súbito a la imagen de la infancia; es claro: he allí la única posibilidad de conocer, de aprehender directamente, de esencia a esencia. Si estoy desprovisto de esquemas previos, de murallas, si voy desnudo al encuentro con las cosas, lograré tocarlas, unirme a ellas como son. Pero mientras cruzo de nuevo esta hermosa habitación de mi hermano el desequilibrio se acentúa: acepto ese reino del conocimiento y, sin embargo, mientras se lo posee ya está perdido; en ese período no puedo conocer que conozco. El vértigo. Observo a mi hermano fijamente: ¿cuándo obtuvo él este resultado? Lo supo antes que yo y nunca habló. Estamos ahora tan cerca.

El mudo sale, aunque yo diría que se ha quedado ahí, afuera, hostigado por el sol. Permanecemos todavía en silencio y luego comienzo a ponerme la camisa; he recordado que mi intención fue acercarme hasta aquí sólo un momento. Desde su sitio mi hermano alcanza mis zapatos con sus pies y los empuja. El silencio del mediodía es poderoso, permite sentir que uno forma parte de las cosas, que no está fuera. Solicito la guitarra y coloco inútilmente los dedos en posición adecuada: nunca podré tocar, estoy fuera de la música como

cuando me detengo ante una cámara de cristal; la palpo, capto súbitos elementos del interior, pero sigo sin penetrar. Él bromea. «No importa —dice—, de algún modo siempre estamos en esa situación».

Hago un gesto de partida, pero él, inesperadamente, comienza a hablar. Retorna al tema de la boda y, aunque su tono no ha variado, comprendo que ahora se refiere al suceso en otro sentido. Alaba a la mujer —no podría precisar si habla de su novia—, pero considerándola como punto de llegada; en sus frases resuena la denominación «mujer estéril», y hacia ella, específicamente, sé que se dirige. «Esto no será una boda —pienso—; o tal vez sí: una boda auténtica». Cómo nos aproximamos: también estamos coincidiendo en cuanto a la especie. ¿Para qué prolongaciones? Él ejecutará el rito de la boda habiendo conocido antes totalmente a la mujer. ¿Se habría decidido si ella hubiese concebido?

Observo el reloj y la tensa hora del mediodía vuelve a inquietarme: no se trata de mí, no ocurre nada, pero el tiempo… Y me levanto, consciente de que no habrá otra entrevista; lo saludo como antes y retrocedo hacia la puerta sin que él advierta mi desaparición. Ahora él narra sus proyectos al apagado rumor de la guitarra. He recuperado la calle, desaparecemos.

2

LE DIGO QUE he tenido suerte de encontrarlo y acudo a la puerta. En la calle ascienden los colores, cuya reverberación me remite a Gauguin; el mediodía turba con su atmósfera azul y naranja y yo me vuelvo hacia él y hablamos de su novia. Después, mi hermano, sin camisa, entra en la sala de baño; habla desde allá y escucho el agua recorrer el piso. Apenas entiendo sus palabras, pero continúo contestando. Cuando sale me encuentra parado de nuevo cerca de la puerta, absorbiendo los colores. Me dice: «Vamos a dar una vuelta, ahí está el camión», y trae un poco de cerveza. Siento extraño el silencio de la ciudad: me obliga a resaltar y en estos momentos preferiría hacerme neutro, inexistente. Pienso que esta tentativa de seguir los actos de mi hermano sólo acentúa la fractura entre lo que él realmente hace y lo que yo aprehendo.

Salimos; hay escasas personas en este lugar. Por un momento, tengo la sensación de haber viajado; es otro país. Pero las paredes blancas destruyen el fenómeno.

Nos aproximamos entonces al carro y yo me digo que no tiene validez huir: cualquier lugar da igual; también los viajes son ficciones.

Y viene de pronto otro acto realizado por nosotros en un camión como éste, antes. El auto avanza hacia el sur y he aquí, laberíntica, la expresión de la ciudad. Sin embargo, yo abandono la presencia deslumbrante de las calles y, mientras mi hermano habla acerca de su última jornada de trabajo, establezco el momento exacto en que arrancó esta extraña conducta de madurez, de aceptación en nosotros.

¿En cuál lugar del país nos encontrábamos entonces? Eran los días violentos en que nos entregábamos irracionalmente a toda oportunidad de viajar. Quizá aún estudiábamos. Utilizar los días libres para viajar, durante un año, nos ayudó a establecer rápidas y profundas redes de afecto en las aldeas o en las ciudades. No recuerdo combates o ira en nuestras relaciones con los demás porque lo esencial, para él y para mí, era integrarnos a cada pueblo con tal intensidad que nadie podía apreciar cuándo habíamos aparecido. Por secreto acuerdo nunca regresábamos a los sitios ya visitados. La melancolía de las huidas predisponía a descartar el retorno y los amigos o las muchachas que quedaban entraban inmediatamente en un suspendido sistema de imágenes puras, brillantes, en el que, aunque situadas a un mismo nivel, no era posible establecer conexiones entre unas y otras. Una vez, sin embargo, hubimos de regresar. Concluía la temporada de nuestros estudios. Planeamos escapar por tres días, antes de los exámenes, y con la excusa de recorrer nuevamente los metálicos pasillos que los manglares crean sobre el mar, partimos hacia aquella antigua aldea del norte. Realmente, no encontramos gente conocida el primer día y estuvimos, además, sólo en los lugares menos frecuentados anteriormente. Al anochecer, con dos inesperados amigos de la aldea, paseamos hablando y riendo. Mi hermano y yo, bajo las voces y bajo nuestra actitud eufórica, reconstruíamos el otro viaje, lo que entonces dijimos o pensamos o simplemente actos y palabras que nunca fueron nuestros, pero que en esos instantes constituían nuestra existencia más exacta, porque los imaginábamos. Pasamos frente a la casa de piedra, rojiza en la oscuridad, y sus muros trajeron ráfagas de doscientos años atrás: sombras de aventureros, inquietud de españoles. Después, seguimos hacia el puerto. Me humedecí los pies y pedí a los otros que callaran para escuchar el viento. En la otra casa antigua, al borde del mar, las ventanas crujían y excitaban mi pensamiento, débilmente iluminadas por lejanas luces. Ya no puedo atrapar las frases de esa noche; nuestras voces escapan, se confunden y hacen más profunda la resonancia del mar; pero es seguro que los amigos de la aldea cantaron y gritaron y que mi hermano y yo los imitamos, impulsivos. Posiblemente, cada uno de nosotros despertó, después, en la mañana, acostado junto a una mujer de cuerpo penumbroso.

Antes del mediodía, siempre juntos, buscamos una pequeña barca

y remamos hacia el territorio de los manglares, hundido en el mar, frente a la aldea. Me sentí exultante bajo el sol; mi sangre debía ser oro como la centelleante botella de ron. Cantamos también durante la travesía y de pronto, cobijados por las bóvedas azules y verdes de las hojas, entramos a los caminos de manglares. Los árboles de cobre, vibrantes nuestros sentidos. Por un instante me resistí a aceptar tanta identidad con las cosas. Alguien preguntaba acerca de quiénes descubrieron estas vías del mar y yo pude haber narrado la oval historia conocida durante mi primera visita, un año antes, pero no hablé, incapacitado para integrarme a mí mismo, totalmente multiplicado en los árboles y en el sonido de la barca. Salté entonces y, desnudo, me hundí en la espumosa claridad del mediodía, entre las raíces. ¿Pensé allí en Gauguin, en sus caballos luminosos que emergen del mar? Posiblemente, no; fue tiempo de sólo sentir.

Cuando la botella cayó, vacía, cerca de mí, regresé a la barca, y únicamente entonces advertí que, aparte de nosotros, nadie más recorría la extraña isla. Y fui a decirlo a mi hermano, pero el choque de otros remos que se aproximaban me hizo volverme. La luz distorsiona las siluetas. Todo brilla. Dos mujeres y un hombre maduro se inclinan hacia el agua, en el asiento delantero. Detrás, sudoroso, empujando los remos, un compañero del año pasado, guía. Es aquel con quien habíamos hablado del tiempo y de la edad. Ahora levanta el brazo desde lejos y sonríe y explica algo de su actual trabajo, antes de desaparecer tras los manglares.

La voz de mi hermano, entonces, extrae la oculta intención de nuestro regreso a la aldea; inclinándose un poco sobre mí, murmura mientras observa la sucia silueta del conductor de la otra barca: «Todo esto se acabó; nos vamos». Y la relampagueante presión de su frase me perturba. Esta evidencia, es cierto, destruye algo muy débil a lo que hemos querido atarnos: nuestra juventud se hunde; un año apenas y nuestro antiguo amigo se ha transformado. Ya no tiene derechos. Y yo comprendo la aparición del torbellino que nos hará también distintos, a nosotros, y siento la tristeza, quemante, en la piel; ahora sólo me queda la expresión que tuvo mi hermano ese día cuando regresábamos: su rostro me empujaba a buscar razones, en el momento en que todas parecían haber concluido, para seguir, para volver a la ciudad. ¿Las había? Aún hoy no lo sé.

Hemos cruzado una larga avenida; el mediodía se sostiene en un límite obsesivo y, de pronto, propongo a mi hermano que regresemos a su casa. «Allá, tal vez, podrías tocar la guitarra», sugiero. Él sonríe y sé que su expresión irónica es la misma que cortó nuestra aventura en la isla, bajo los manglares. Después, comienza: «Yo soy un mecánico, olvidé la guitarra…», y repite que mañana es lunes y que tendrá mucho por hacer.

Mientras volvemos a su casa, huelo señales de fiesta en las calles. Pronto comprendo que eso viene de mí. En la alta calle donde vive mi hermano ha desaparecido la pastosa coloración. Todo es transparente ahora, y gris. Entramos a grandes pasos. Violentamente, capto la fuerza de este instante y me sorprendo amando los momentos similares a éste, aquellos en los que soy anónimo: un sonido, un acto, una voz precisamente controlados por mi conciencia y no obstante independientes, sin identidad. Así, penetrando en la casa, descubro mi esencia: simple material sensible cuyo pensamiento gira a partir de impresiones, limitado por sí mismo. Ninguna de mis relaciones me ata, no estoy en función de empleo ni de hombre político. ¿Cómo entonces puedo reconocerme? Tiemblo al pisar los escalones de cemento y abandono el sol cíclico del mediodía para aprehender la sombría serenidad de la casa, donde ya espera mi hermano. Él ha ido a su cuarto. ¿Busca acaso la guitarra? Y mientras permanezco solo, tenso, llego a preguntarme si no es él una fase imaginaria de mí mismo, si en verdad no lo he creado para arder en el mediodía y salir siempre libre. Entonces, él regresa, otra vez sin camisa, se sienta en el suelo, estrecha su guitarra y origina graves acordes. Toca un largo y lento movimiento de Bach. Yo no pienso, entro en la música únicamente. Él concluye, enciende un cigarrillo y en voz baja dice después: «Esto lo permite la muerte; su secreto es el conocimiento». Y su voz, estoy seguro, transforma el pequeño salón. Otro Walpurgis: percibo igual que antes las paredes y, sin embargo, ascienden, crean las naves de un extraño y súbito santuario. Aun, en imágenes, tengo tiempo de advertir cómo se ha producido la hiriente abertura que antes, en nuestra edad de estudiantes, imaginábamos azotando a Miguel Ángel, a todos los artistas. Y casi me niego a creer que haya surgido en esta forma simple, en nosotros, dos empleados que quisimos estar preparados para lo extraordinario. Me estremezco todavía al pararme y ya no atiendo a la música que toca mi hermano; violentamente, acudo a la calle donde el sol destruye mi cuerpo y desaparezco en el fuego.

Ahora el combate es con la luz; arde la piel. Dijo mi hermano que la muerte es el testimonio del conocimiento y yo descubro que excluyó el nombre del instrumento que permite esa realización; podría burlarme de él y, complementando, señalar que la existencia misma es ese torpe instrumento, pero también yo aceptaré su exclusión. Desde que algo es posible no importa cómo se haga posible. Y me río, evocando la perpetua pesadilla, la búsqueda de las conexiones. Y así ocurro a la idea de la muerte y veo que es nuestra desaparición lo que hace indudable para los otros la aprehensión de las cosas y los hechos. Conozco, pero a través del otro. ¿Queda ahora más dolor? En seguida el sudor me ata al viento. El sol incide en las puertas, las derriba y

deja extrañas aberturas, resplandecientes. Podría mirar hacia ellas y hundirme en alguna, pero soy más poderoso que esta ciudad. Debo seguir.

LAS RELACIONES MASCULINAS

1

DAVID DIJO: «REGRESO dentro de media hora; voy a buscar a Adriano», y salió. Nunca antes había yo estado solo en su estudio y, de pronto en él, he sentido que sería extraño establecer contacto con las diferentes cosas. Giro alrededor de la mesa central; trato de evitar el impulso de hurgar en esos fragmentos materiales que la ausencia de mi amigo permite advertir en su vida: los pinceles, las telas, y hojeo detenidamente cada una de las revistas y las carpetas. Después, voy a la ventana, aparto el vidrio y, fuerte, entra el viento. Sobre nuestra ciudad de cambiante atmósfera hay ahora cielos blancos; y debajo, en la calle, árboles de color durazno. La inmovilidad de una imagen que parece estar siendo recordada. Paso un instante al baño, orino, y aquí la claridad y los cuatro espejos que no esperaba encontrar me producen confusión. Momentáneamente, comparo las cuatro imágenes mías que me excluyen, y sonrío. No soy yo. Ahora aparece por fin la sensación de no haber dormido durante la noche. Comienza el sueño. «Mis amigos no tardarán en llegar». Me froto los ojos; acudo de nuevo al salón. Sobre la mesa, el libro verdoso de Platón. Regresa mi viejo proyecto de escribir un libro sobre la amistad, sobre las relaciones masculinas. ¿Dónde quedaron mis ideas, qué quería decir exactamente? Tal vez treinta años no es la edad conveniente para que un hombre se pregunte si en verdad puede decir algo; a esa edad aún debe esperar: admitir esto fue mi error. Ahora concluyo. Pasaré en silencio; me convertiré en el producto de una abstracción creada por los demás —diferente en cada pensamiento— sin que la Tierra reciba ninguna maldición por haberme olvidado.

Antes de los dieciocho años conocí a David. Tenía que existir una solución para la ilimitada inquietud que me abrasaba; yo iba al liceo, era cierto, pero aun así las horas me sobraban. Mi familia nunca estuvo realmente segura de mi existencia: con ello obtuve la posibilidad de permanecer todo el día fuera de casa. Así, entré por las

tardes a una escuela de pintura. David —mucho menor que yo, quince años, seguramente— esperaba desconcertado en la puerta, el primer día de clases. Uno de nosotros solicitó al otro información sobre los cursos. Antes de que llegara la modelo, éramos amigos. Una vez narró él su aventura en el bar; la primera borrachera, de día. Después, conté yo mi acercamiento inicial a los prostíbulos. Había algo común en los dos, puedo decirme ahora; y sin embargo, si entonces nos hubiésemos separado, si no nos hubiéramos visto más, en nuestras vidas no habría quedado el sello del otro. A mediados de junio hubo lluvias. El brillo del agua y del cielo hizo más alta la ciudad. En los parques, tierra nubia y arbustos recién nacidos. Envueltos en gruesos suéteres, David y yo fuimos, provistos de creyones y papel, a una colina del centro de la ciudad. Arriba había viejos arcos y bancos con grietas. Ese día la gran escalinata que asciende de la calle a la colina fue griega para mí. Muy blanca, nos ubicó sobre la ciudad, sobre los ruidos y las voces lejanas que nunca podríamos precisar. David no quiso dibujar; me alejé, tracé el bosquejo de una fuente seca y de los arcos perdidos entre las hojas, y casi no advertí que David venía y hablaba lentamente. ¿Y qué ocurrió? David me reveló el secreto que aún mantiene y nutre el contacto entre nosotros.

—Sabes —dijo ese día—, una vez leí que El Greco se encerraba en un cuarto oscuro para pintar. Y yo hago lo mismo.

Ahora vislumbro a los dos adolescentes que descienden, transformados. David estaba bajo mi dominio, era uno de mis reflejos. Bajo la escalinata, la ciudad: un arpa de diamantes. Aún resuena, transparente, la revelación: también yo me había encerrado a pintar a oscuras, como El Greco. Entre David y yo surgía la incandescencia: el contacto intelectivo, el vínculo abstracto, se echaba sobre mí, aunque todavía yo era inconsciente. Para entonces nuestra relación estaba guiada por intuiciones. Cuando David se hubo marchado por primera vez de la ciudad, descubrí la naturaleza y la esencia de nuestra amistad. Yo tenía veinte años. Había abandonado mi intención de pintar; trabajaba. Sin embargo, poseía el germen de un análisis sobre las relaciones masculinas, cuyo núcleo encontré en la amistad de David. Y, aunque seré olvidado, me digo hoy, con el libro de Platón entre las manos y solo en el estudio de David, que poseer ese conocimiento, como un secreto, es suficiente.

No obstante, David supo antes que yo todo esto. Antes de marcharse, hablando un día de Sigrid apuntó que con ella, al amarla, me complementaba. Yo no lo entendí hasta la noche misma de su viaje cuando, sólo después, con Sigrid en el pequeño café de la estación de automóviles, ella repitió una de las conversaciones habidas entre los dos. «David dice que la amistad entre mujeres es viscosa; únicamente unta una intimidad con otra, se levanta sobre emotividad; dice que en

el amor hay el equilibrio de razón y emoción, hombre-mujer; pero que entre los hombres la amistad es una arquitectura de puros equilibrios lineales, de razón. ¿Tú qué crees?». Bebimos refrescos y estuvimos algunas horas por las calles. David tenía consigo esa verdad. ¿Pero había descubierto la otra cara de nuestra proximidad mental?

Desde aquí observo uno de sus grandes dibujos: líneas firmes que envuelven con su atmósfera el estudio. David tiene un espíritu vegetal: de otra manera serían inexplicables esos trazos que arrancan secretas formas al cuerpo de las praderas, esas líneas que ascienden como tallos y ramajes. Un título de aquel tiempo: *Vigilante*, y, bajo el rostro oscuro de la silueta, el cuerpo que se le impone, blanco, construido con una sola línea. Inmediatamente después de su partida se me dio la ley —esta que David desconoce— que determina la persecución del contacto conceptual entre los hombres: nuestro móvil es la violación de nosotros mismos —en ti, en mí— para ser el otro. Un escape que se consigue con la disección psíquica del otro, asumiendo increíbles metamorfosis.

Mi empleo, la presencia de Sigrid, la pintura y otras cosas cortaron un poco los encuentros entre David y yo. Estando aquí, atados a la ciudad, referidos uno al otro a través de las conversaciones de los amigos, hubo un año durante el cual no nos vimos. En cada encuentro la relación era constante; cambiábamos, un contenido más grueso, más evidente llenaba nuestras palabras, pero la forma de aproximación era la misma. Un día, cuando encontré la fotografía de David en un periódico —aparentemente más joven de lo que en verdad era— sentí que él quedaba detrás; yo no pintaba, no hacía nada. El arte, la antigua meta ya no era el blanco; yo había errado y no obstante no sufría. David anunciaba su exposición. Pensé en El Greco, en la colina con las piedras centelleantes, en la revelación. Mi amigo había acertado: a dos hombres sólo los une la más árida vibración del pensamiento. De mi propia experiencia yo había extraído algo más: la amistad es una relación de indiferencia, en ella interviene también lo emotivo, pero vuelto al revés; por eso sólo se ajusta a las emanaciones lógicas, a la injusticia, al ser, a lo que nunca se rompe. Una forma —la única tal vez— de eternidad.

Y también eso estaba previsto antes de que yo hablara esa noche con Sigrid. Ocurrió cuando, entre el grupo de estudiantes que escaló una de las montañas del norte, vi cómo David rodaba entre las rocas, se rasgaba el traje y la pierna y necesitaba ser trasladado por varios condiscípulos. Debajo del gran pino negro, David descansaba; yo me acerqué y me dolió la interrupción de su paseo. Después, continué, me introduje en las cavernas auscultando la aceitosa coloración de las hojas dentro de la neblina y no recordé a mi amigo. Algunos días después lo encontré en la escuela. Hoy recuerdo que no hubo ausencia

de afecto; únicamente había ocurrido una fractura en el contacto espiritual entre David y yo, pero fue una interrupción momentánea. Mientras no podíamos compartir las ideas que me ofrecía la presencia del bosque, David no existía. Nuestra amistad persistió idéntica; el placer de sentir que un cerebro desencadena elaboraciones lógicas dirigidas a uno no tiene sustituto.

Paso los dedos sobre la seca superficie de un cuadro; cielos blancos que palpitan afuera imponen la lluvia otra vez. Y Adriano y David, hablando casi a gritos, entran de pronto.

—Hemos visto a Sigrid; no tardará en venir.

La presencia de mis amigos altera las cosas; mi propio rostro es otro, sobre el cual ya no tengo poder. Yo saludo a Adriano: «¡Hola, Pausanias!», y me río cuando él señala a David que tengo la mano sobre el libro de Platón. Adriano se aproxima a la ventana; arrastra los pies y parece oscilar en cada paso: una rara forma de caminar que lo atormenta y lo satisface. Desde allá se vuelve; los grandes ojos negros que nos observan desde arriba, desde su rostro feo y oscuro. «Todo en mí está mal hecho», dice con frecuencia; y su voz de defectuosa entonación vibra, apagada, con inesperadas inflexiones de contralto. David me sorprende mirando su viejo cuadro; nada dice sobre ello, pero repite que Sigrid vendrá. Simétrico el contraste entre el David de piel blanca y ojos grisáceos y la sombría estatura de Adriano. David, delgado, agudo, y Adriano, atlético, armoniosos su torso y sus músculos bajo la ajustada camisa. ¿Cuál es Alcibíades?

David hace funcionar el pequeño tocadiscos. «No —le digo—, música, no». Sería exagerar. Como un libro —un libro no es más que una violación vivencial— mi pensamiento que trata de adueñarse de los actos presentes para fundirlos a recuerdos e integrar así cada persona que me selló al encontrarla, mi pensamiento impone que este último contacto de hoy sea minucioso y callado: el movimiento largo de una pieza, en el cual ningún instrumento pase desapercibido porque la intensidad del silencio ha de cubrir cada sonido, aun el más débil y ajeno a la armonía, para integrarlo al doloroso desarrollo de la tensa violencia que —como en mi propia vida esconden mis actos— guarda la música. Añadir música verdadera ahora sería exagerar.

Pienso en Sigrid; la lluvia desciende e inmoviliza el cielo; como dentro de un vaso lleno de agua, la ciudad oscila, se parte y se eleva, deslumbrante. El cuerpo de Sigrid encierra también esa sinuosidad; es imposible verla sin que se quiera tropezar con su piel. Sigrid no es fiel a David y, sin embargo, ni conmigo ni con otros compañeros de nuestro círculo ha querido acostarse. «Para amar a alguien mi única condición es que sea elegido por mí», me reveló una vez, y así cerró toda vía de acceso.

La lluvia toma los colores negro y anaranjado de los árboles; todo

es blanco ahora: las calles, nuestros rostros, la mesa. La luz resinosa enciende nuestras palabras como si fueran objetos. ¿No he concluido con mis últimas intenciones de escribir un libro? Sí; entonces puedo examinar fríamente cómo iba a ser. Es cierto: si hubiese sido lento y largo —para lograr el registro de los mínimos sonidos— habría tenido que dedicar en él un capítulo a un personaje semejante a Adriano; tal vez lo habría utilizado a él mismo para construir ese trozo. Pude incluir, por ejemplo, las diferentes apreciaciones de Sigrid y de Adriano sobre el amor. Ya no voy escribir; las horas determinan un bosque sombrío que me aturde y mi única posibilidad de elección es permanecer dentro de él hasta el final. Sin embargo, hoy, aquí, puedo interrogar a Adriano acerca del amor. Miro a David, levanto el rostro y encuentro el perfil de Adriano que resplandece, oscuro, violáceo, contra la lluvia.

—¿Cuál es tu condición, Adriano, para enamorarte de un hombre?

—No hay condiciones; o, en verdad, existe sólo una: que él sea elegido por mí.

He creído escuchar la voz de Sigrid; y es sólo un reflejo. Adriano sonríe; avanza un poco hacia el extremo donde se encuentra David y su voz me llega confusa a través del sonido de sus pies que se arrastran. Su piel se vuelve más fresca dentro de esta luz sin colores; baja y viril, la entonación de las palabras parece no ser suya cuando apunta el libro de Platón y cita:

—«… ir ascendiendo constantemente, yendo de un cuerpo a dos cuerpos y de dos a todos los cuerpos bellos…». ¿De cuál otra manera podría encontrarme a mí mismo?

Olvido su dedo que casi interviene en el lenguaje de Sócrates y olvido también la imagen que Adriano ha querido imponernos, a David y a mí, para acentuar la armonía de su propia conducta al compararla con la serenidad del amor de Alcibíades y el sabio; olvido la fiesta feral en la que esos griegos hablaban borrachos y lúcidos y cuelgo ahora de una simple pregunta: ¿entre Sigrid y Adriano, quién es más puro?

Así habría estructurado yo esa parte del libro; pero sin introducir el esplendor que arranca todo nombre griego. Yo, tal vez, hubiese tratado que mi personaje se hiciera más árido, más latino; visto por mí, Adriano hubiera citado a Cicerone para explicar su condición. Sin imposiciones de lujo en las palabras, sin construcciones de suntuosidad sensorial, el texto se habría levantado sobre los vocablos más secos y elementales. Y, sin embargo, sí me habría acercado yo a Platón, el gran novelista, para tomar de sus *Diálogos* la arquitectura circular del relato: yo cuento lo que tú me has contado, que a tu vez escuchaste de otra voz, etc. Hechos que se unen sin que realmente haya habido contactos entre cada círculo de la narración.

Ahora David se ha puesto serio; vacila un instante y abre la marcha al pequeño tocadiscos. Entra Vivaldi, vestido de rojo, coloca una mano contra la pared y yo me embriago con el olor de las algas que dispersa su cuerpo. Una llamada en la puerta. David me mira y sonríe. Sigrid ha llegado.

2

AHORA, DESDE EL pequeño cuarto colocado justamente sobre la calle desde la cual ascienden carnosas hojas de lirios; sobre la calle sórdida y abandonada en la que es muy difícil ver algo más que algunos de esos muchachos que ayer mismo eran niños, puedo evocar a Adriano y a David. Llega el sonido de los televisores que sintonizan un mismo programa; y el olor de las cocinas. Pero llega también esa espesa atmósfera de mi ciudad, húmeda, que distorsiona las cosas. Más allá de estos edificios altos y grises, las montañas rojizas, cortadas en un solo plano por las cúbicas casas de la gente humilde. Todo es fragmentario en mi vida; lo que ocurre sucede a lo que no ocurre con la misma realidad. Como las colinas cortadas y los lejanos árboles que sólo me pertenecen cuando pienso en ellos. ¿Qué dijo Adriano a su regreso? Vital, más delgado, apareció de pronto en mi casa y me invitó a acompañarlo hasta la suya. Me sorprendió. Dos años en Alemania fueron suficientes para que casi lo olvidara. Venía ahora envuelto en un extraño lenguaje cuyas sílabas mezclaba de pronto con el nuestro. En verdad, parecía brillar. Exclamó en seguida que venía hambriento de sexo, como siempre. En su casa, los libros emergían de todas partes. Nombres que nunca antes había yo leído; sugerentes títulos; quise en un momento hurtar su otro idioma y hundirme entre los extraños signos. Le dije: «Ahora habremos de tener miedo para hablar contigo, ¡sabes tanto!»: y él se burló, complacido. Y habló Adriano de Sigrid y David; y, tal vez, fue entonces cuando me comunicó que sólo amaba a quien él elegía. «Puedes ver a Sigrid y a David; ellos representan el complemento inmemorial, la expresión pura de la unión a través del amor… Pero no es cierto. No es cierto que sea pura su relación. La pureza está conmigo, aunque no lo creas: yo no elijo debido a que cuanto me rodea me imponga la elección; yo elijo a partir de mí; el amor entre dos hombres remite a la relación primitiva, a las cavernas, porque nada lo influye. Este tipo de amor es casi la salvación a través del fuego: todo está contra él. ¿Cómo explicarte exactamente lo que quiero decir? Ya sé que no me crees y que esto no te interesa, pero escúchame; con palabras de sociología

puedo explicarte que una mujer elige cuando la obligan a ello su medio, su nivel social, tantas cosas más y, sin embargo, ella, Sigrid en este caso, por ejemplo, no lo advierte: cree que es ésa su libertad. En cambio yo…».

Adriano habló mucho, apasionado. ¿Qué contesté ese día? ¿Era cierto cuanto afirmaba o también ocultas razones sociológicas lo impelían a él? Volví a sus libros; Adriano se expresó en la nueva lengua que había adquirido. Lo vi más transparente que antes.

Puertas de oro, hojas moradas caen desde las últimas colinas, al fondo, en esas súbitas estribaciones de la ciudad, cuando concluye la lluvia. Sobre el borde de esta ventana me quedo con imágenes circulares que desembocan unas en las otras para hacerme perder la noción de la secuencia con que se presentaron. ¿Habían entrado antes de la conversación David y la hija de Sigrid? ¿O estaban ellos allí cuando Adriano y yo llegamos a la nueva habitación de éste? No, no estaba la niña. Fue ante Sigrid que Adriano contó su llegada a la universidad alemana. «Yo, en una residencia masculina, obligado a ver los cuerpos desnudos de mis compañeros en el baño, sus músculos y sus ojos rubios. Y aun tener que dormir con uno de ellos en el cuarto. Yo no era Ismael ni él Queequeg: tuve que mudarme; me fui lejos de la universidad para no estallar. Durante los trayectos desde la casa a la universidad pensé en ustedes con frecuencia. Sabía que tú no ibas a seguir estudiando y que tú, Sigrid, irías a vivir con David como nos lo asegurabas, pero casándote antes con él».

Abajo, las hojas gruesas de los lirios, azules entre el sol que comienza a surgir, crujiente, del mediodía. ¿Cómo puedo saber si estoy pensando estos asuntos por última vez? Interviene mi perfil en el amarillo sombrío que el sol coloca sobre las cosas: ardor, brillo, y coloco mi brazo afuera, en el espacio, mientras me inclino sobre fenómenos que no son las negras aceras ni el juego de esos muchachos: mi mano entra en la mañana de la boda de Sigrid. David estaba feliz. Yo temía que todo fuese teatro, pero no actuaban realmente. Habían decidido y todavía no advertían que lo que consideraban el blanco era simplemente el rebote de su propio disparo contra sí mismos. La boda en la mañana, el viaje a la pequeña casa de la montaña. Bailé, emití gritos; todo para convencerme de que ellos tenían razón; pero no bebí: el licor me habría desnudado. Bajo la campana de arroz —el aire, partiéndose en segmentos brillantes, los hace dos animales sacros, David y Sigrid— un gesto de David apuntó que él comprendía mi secreta inseguridad; ¿podía él creer que después de una infancia juntos, después de la amistad de la juventud, después de haber adoptado las más privadas leyes para corregir el sometimiento, aceptaba yo su capitulación, la realidad de la gran misa oscura, con el órgano y los fotógrafos y la novia en blanco, entre

azahares? Me delató un olvido: no haber ido inmediatamente hacia los novios para abrazarlos y felicitarlos; entonces, David sonriente se acercó: «¿Es que no piensas felicitarnos?». Me volví agradable y chistoso; sus palabras me empujaban a la burla. Era definitivo: ellos estaban en la otra línea; no era éste uno de esos pequeños actos que nos colocan entre el gran rebaño sólo aparentemente. No, desde luego. La boda de mis amigos significaba los hijos, el honorable contrato, la entrada al gran ritual. Y, sin embargo, surgió instantánea mi felicidad, dolorosa e intensa: venía contra mí, yo empezaba a ser el último, el único. Pero únicamente disfruté de mi papel un instante; en seguida descubrí mi propio gusto por la farsa. Si yo estaba excluido ni siquiera tenía derecho a pensar que lo estaba. Olvidé mi heroísmo; busqué un poco de ron y empecé a beber. Sobre la pequeña casa la montaña colocaba blancos animales cambiantes; la niebla me atrapaba, de ella surgían los cuadros de Jerónimo Bosch. Conjetural, la memoria es un ácido que corroe el material de las imágenes. Yo, que he pecado de ser justo, comienzo a creer que mi propia precisión para ordenar las cosas evocadas es sólo un mecanismo de salvación; la atmósfera que envuelve una situación impide conocerla. Por eso, toda mi vida puede no ser más que una falsa preparación de sucesos.

Si creo esto, sin embargo, ya no valdría la pena continuar el recuento. Y ya no puedo descansar sino hasta que también este día ingrese al último recuento. He aquí que reviso mi vida, que anulo hechos y origino nuevas consecuencias de causas que no fueron tales; he aquí que rescato mi propia existencia y descubro que no sólo puedo entender como objetos a los demás, sino a mí también; y aun que puedo ser un objeto inventado.

Poco después, antes del viaje de Adriano, la tarde en que nació la hija de David, hablamos, mis amigos y yo, de literatura. Dije que era tarde para mí, pero que todavía quedaba una posibilidad: comenzar a escribir a los treinta años. Adriano no contestó y David se burló. Yo sentía que él tenía razón, que era culpable de mi propio hundimiento. Ciertamente, ni en lo hondo guardaba yo dolor por la expresión de David en ese instante. Y, no obstante, en la noche, cuando hubimos bebido celebrando la llegada de la niña, primero sutilmente y luego con fuerte agresividad, injurié a David. Al día siguiente no podía reconocerme; yo, que había sabido que la razón está siempre de parte de los otros, ¿por qué me rebelé? Hasta entonces no conocí la increíble capacidad de defensa que ocultamos contra la destrucción que no es enunciada por nosotros mismos.

Puedo levantar el brazo y hacerlo determinará la desaparición de Sigrid y David, la muerte de Adriano y de la niña. Bajo esta ventana sólo se arrastra el sol y los muchachos que gritan. Salgo del vértigo y mis amigos se borran; pero ese sentimiento que, como un líquido,

cubre de esplendor y de melancolía mi afectividad, persiste. Se alarga, ata mi conducta a un lejano conjunto de acontecimientos, cada vez más ajenos —y por ello más precisos—, que reposan sobre el cielo de la ciudad, tocados por todos, gastados por mi tendencia a acudir a ellos, pero eternos.

Ahora me vuelvo hacia la radio donde, untuoso, suena Bach. ¿Por qué vibro, por qué soy también materia sonora que surge de los violonchelos? De espaldas a la calle, me encuentro la inesperada tensión de mi propia felicidad; mi espíritu descansa sobre la idea del suicidio ahora que todo sonríe. ¿Cómo explicarlo? ¿Me comprenderías tú, David? ¿Podrías ver con exactitud, Ira, cuánto tiene de muerte el fulgor de la dicha auténtica? Me asomo otra vez a la calle; blancos, los relieves de las puertas me incrustan en todas las historias presentes que las voces de los muchachos apagan. No pensaré en este momentáneo poder, en el súbito y peligroso equilibrio que me proporciona la alegría. Desde aquí, Adriano, rescataré un poco de tu vida; tal vez la última imagen que mi razón me permitirá reconstruir alrededor de ti. Un día de octubre, después de medianoche, crucé el centro de la ciudad al separarme de algunos compañeros. En una de las esquinas permanecía, casi oculto, Adriano, solitario, fumando. Supuse que estaba asechando; a mi vez me convertí en guardián y te observé. Alguien, un muchacho alto, apareció entonces y pasó cerca de ti, sin verte. Pensé que ibas a resistir; después advertí tus gestos, la llamada. El adolescente se aproximó. Ahora, bajo la luz vi que era rubio y que parecía venir de una fiesta. Elegante, vestido de oscuro, a veces se tambaleaba. El proceso de seducción fue rápido. Mi amigo y el adolescente se alejaron. Los seguí. En la próxima calle, menos iluminada, se besaban. Adriano se integraba al otro cuerpo mientras marchaban. Bajo los primeros árboles de un parque comenzó el abrazo; después, no pude distinguir sino una sola silueta. En los huecos de las puertas, sobre las aceras, Adriano y el adolescente se amaban. Antes del amanecer, todos los zócalos del sur de la ciudad estaban impregnados de sus caricias. Entré con ellos, siguiéndolos, a las partes más humildes de la ciudad. ¿Por qué no se detenían? Después, soñoliento, casi con la llegada del sol comprendí que el muchacho vivía en una de las pequeñas casas del cerro. Intuí de pronto en los gestos de Adriano signos de inquietud e inesperadamente, confundidos con las porosas piedras blancas de una pared, vi cómo el adolescente lloraba en los brazos de Adriano. ¿Horadaba al amor la inmediata conclusión? Después se separaron; el muchacho continuó ascendiendo la estrecha calle y Adriano vino hacia mí. No me oculté. Sonreí; él pareció contento por encontrarme y regresamos juntos. En sus ojos, la transparencia anaranjada del amanecer. No hablamos, pero al final, antes de separarnos, murmuró:

«No pienses que lloraba por mí; sólo ocurrió que había descubierto el mal estado de su traje —su único traje de fiestas— después de haberlo arrastrado por la tierra de estas calles».

3

SALÍ INMEDIATAMENTE DESPUÉS del mediodía. En la parte alta de la ciudad, entre los bosques que descienden de la montaña, la casa del viejo historiador, blanca, de gruesas columnas, se destaca nítida y acogedora. Aunque nací en ella, no conozco la evolución de mi propia ciudad; y es de su historia más antigua de donde deriva la explicación acerca de estos funcionarios —uno en cada generación— que registran los acontecimientos y los cambios del lugar. Conduzco lentamente el automóvil hacia las áreas rojas de la montaña; se insinúa la niebla y con la luz nutritiva del día los árboles que rodean la carretera se vuelven fosforescentes y rojos. Me detengo ante el jardín de la casa; la hierba está descuidada y brillante el piso de la terraza; penetra el silencio y refresca la piel. A mi llamada acude el historiador mismo. El acostumbrado saludo que es impersonal y, sin embargo, atractivo; avanzo y pongo en descanso mis músculos. Mientras sigo al hombre, la impresión de reposo aumenta; hasta mi pensamiento parece detenerse, con serenidad. Ya en la biblioteca, espero, como siempre, que hable él. Su perfil agudo adquiere súbita dureza, recortado contra la luz dorada de la ventana; se mueve, inquieto, y luego habla. Escucho la voz precisa, cortante, que coloca palabras como trozos de mármol ante mí; y respondo, irónico, a sus preguntas. «He aquí otra modalidad de relaciones —me digo— en la cual—para su realización — tu actividad es secundaria. Ante uno de estos hombres maduros se siente el efecto de los árboles de los parques que tienen las huellas de todos los visitantes; ya no son ellos mismos. Este hombre permanece ajeno a la muerte; aún está del lado del vigor, próximo a nosotros, en sentido biológico». Y pienso eso, y ya no puedo escapar de la secreta crueldad de mi conducta, de la hiriente intención de mi visita. En cierto modo cumplo una venganza; y ser consciente de ello me reconforta.

Va el hombre hasta el tocadiscos; sus pasos silenciosos sobre la alfombra. Yo observo cada uno de sus movimientos. El gesto característico de levantar las manos y colocarlas sobre el pecho, cruzadas a la altura del hombro, como en un antiguo grabado. A cada instante creemos ser diferentes, pero sólo hay un acto, un gesto único. Cae la aguja sobre el disco; mi acompañante regresa al asiento. Se

repite su forma de andar, se repite la luz dorada sobre su cabeza y, no obstante, todo es nuevo, nunca antes había ocurrido. ¿Dónde está el engaño? Suena Buxtehude. Alguien se ha sentado al órgano, en la oscuridad, y desde allí toca esta música que se vierte dentro de mí. Bajo mi piel se encienden de pronto suaves colores y lentas sensaciones que no cuajan en imágenes. Y soy otro por dentro y nada exterior se ha borrado: persisten las altas hojas de los árboles, las señales de la ciudad y el rostro del hombre, frente a mí. Buxtehude asume la serenidad y, desde mi interior, borra el tiempo. Nada está pasando; cada uno de estos elementos quedará igual para siempre: se está nutriendo de la música y de mi pensamiento.

Ahora entra la esposa del historiador; madura y dulce y algo demoníaca en su sobriedad. Me detengo por un momento en sus ojos; no eres capaz de ver que inesperadamente estoy ardiendo de deseo. Ella sonríe y coloca las tazas con café cerca de nosotros. Bellos objetos blancos dispuestos por tus manos. ¿Podrías comprender si digo que amo a los seres a través de las cosas? En ellas queda lo verdaderamente nuestro: permanecen. Valen más que yo; derrotan mi pensamiento.

La mujer sale y yo hago algunas preguntas al hombre. Quiero que gire a mi alrededor, que me circunde, la historia de mi ciudad. La otra voz, entonces, enuncia los lejanos años de la brutalidad y la esclavitud. Los años de la elegancia que copiaba a Europa. «De todo esto iba a brotar, un día, nuestro espíritu propio». El hombre me indica un estante y camino hacia allá: tras de láminas de cristal veo manuscritos, trozos de música escrita, objetos… En lo profundo de mi vida guardo la conexión con horas de combates y fiestas fulgurantes: he ahí que aquello que prefiguraba mi existencia se ha convertido en simples elementos ocultos tras un cristal. Momentáneamente, me rebelo, pero luego acepto: es cierto, mi historia no es la de mi conciencia, sino también la de la conciencia de los otros. Sólo que el punto de contacto entre ellas no existe.

En los gestos y en las palabras de mi acompañante bulle vitalidad. Un hombre que envejece y parece no advertirlo: de pronto mi necesidad de venganza reaparece; me concentro en el secreto objetivo de esta visita, y aunque lo escucho hablar durante otros momentos acerca de la ciudad, cuando él no puede esperarlo, disparo una frase clave. Sé que he dado en el blanco; sonríe y se calla. Esta sonrisa suya, sin causas específicas a veces y tan infantil, demuestra que está en mis manos. Se vuelve hacia la ventana. Infernal, el cielo cae en rojas estrías. Y al fondo, debajo, la ciudad, encendiéndose súbitamente, crece. Esas espaldas que están ante mí van a saltar al vacío y a rodar, desde la montaña, hasta la calle blanca. Yo puedo hablar como acabo de hacerlo; me he desprendido de todo. En mí la decisión de tomar la

muerte es, tal vez, irracional; pero fuerte y definitiva, excluye la posibilidad de error. ¿Y estos hombres atados a su propio movimiento, no a las cosas, cómo son capaces de continuar? Los demás, es cierto, tampoco me importan; sólo interesa el historiador. Él, mordaz, con precisión intelectiva y con sensibilidad suficiente para haber recorrido los lugares de la ciudad, para inventar la verdad de la misma y dármela en frases breves y brillantes, como acaba de hacer; tan sensitivo que buscó las canciones y los poemas de los esclavos y me hizo escuchar en el órgano los pequeños estudios de Lamas, él, ¿dónde guarda la fortaleza que protege su propia vida? ¿Cómo se balancea sobre el abismo y, no obstante, sigue? El hombre se vuelve; violeta, el cielo corta su silueta y yo no puedo ver su rostro. Sólo el temblor de la voz y la sonrisa, luego, me señalan que sufre. Entonces se inicia mi alegría. De tu respuesta, lo sé, voy extraer cuándo te destruirá. No soy joven ni viejo, pero comprendí a tiempo. ¿Y tú?

Habla; escucharé de tus labios tu condena. Buxtehude se aleja; retrocede en el tiempo; ahora su música recorre oscuros pasillos y escaleras blancas; suena tan débilmente que le es difícil a mi propio cuerpo penetrar en aquellas grandes salas y caminar, descalzo, sobre las porosas piedras. Desde su ventana, mientras toca, Buxtehude mira el fuego que han encendido en un jardín. Las hojas y los tallos crean esmeraldas, llamas de oro y rojas, que sólo existen para él y para mí. Un instante de silencio y luego nos acercamos. De nuevo, vibra el órgano. En la sala recubierta de libros, habla el historiador formulando su concepto sobre la muerte. «Se trata de lo absoluto», murmura, y yo me adhiero a sus palabras, y éstas, como las ventanas de un gran edificio en la noche, se encienden de pronto y unas apagan a las que ya estaban iluminadas. El hombre me acusa; injuria mi necesidad de morir (que aún no he revelado) y dice que la necesidad de la muerte es ajena a ésta.

—Si te conocieras podrías hablar con claridad. ¿Qué te guía?

Yo no respondo; él debe sacar, solo, las conclusiones. Ahora afirma: «Es cierto: cuando un hombre cumple su muerte ha alcanzado lo absoluto. He ahí la única posibilidad de ser de una vez. Un hecho que nada excluye. Pero no es la muerte lo absoluto: estás confundido. El tiempo, al contrario, es la clave: tú arrancas desde un punto temporal; a partir de entonces inicias un trabajo que sólo tú puedes realizar: agotar el tiempo, ajustar con precisión tu vida a un fenómeno que, paradójicamente, deriva de ti. Cumplirlo es la única evidencia de tu libertad. Alcanzas la muerte y la colocas exactamente donde deseabas: has vencido. ¿Comprendes? Además, esto casi te permite hacer humorismo con la metafísica. Pero antes debes hacer lo más amplio posible tu círculo temporal —eso ficticio y único: tu existencia —. El suicidio, lo ves, es una interrupción». El hombre se calla: somos

sombríos él y yo, sobre los últimos destellos de las cosas dentro del atardecer. El disco ha concluido; lejana, la ciudad inquietante como una joya. Es cierto lo que el hombre ha dicho: mi conducta surge débil ahora, porque sé que estoy buscando un refugio. Y, sin embargo, comprendo que ya no puedo ir hacia atrás. He aceptado, concluiré.

Pero no es cierto que elegir voluntariamente la muerte implique una interrupción, como él dijo. Su enfoque es ético, por eso no entiende el vértigo, la fugacidad. Yo, entonces, debería echar sus propias palabras contra sí mismo, demostrarle el peligro de su aparente seguridad, y no obstante decido callar. Sonrío. Le demuestro que mi intención era bromear y que él ha ganado en la discusión. Enciende él entonces la luz. Aquí están las tazas, el estante con las antiguas cosas de mi ciudad. Estamos nosotros, aunque situados ahora definitivamente en niveles opuestos. Afuera la ciudad sustenta la noche. Falta sólo Buxtehude y yo no podría traerlo de nuevo a mi corazón. Me levanto, tomo un poco de café y saludo al historiador, despidiéndome. Con lentitud me asomo al jardín. Las columnas entre las sombras, las columnas y las montañas.

BIOGRAFÍA DE IRA

1

Y AHORA, DURAS pero refrescantes, las luces ocurren otra vez a la ciudad. La noche es fría, bordea mi cuerpo y se detiene justamente sobre la línea cálida que la caminata ha originado en mi piel. Avanzo lentamente, tal vez con la secreta inquietud de retardar el encuentro con Ira. La textura de la noche embriaga, deja una pastosa impresión en los ojos. Desde dentro de sí misma la ciudad se enciende: tus murallas, tus jardines adquieren el contorno escamado de las naranjas. Logras atar la noche a tu creciente brillo y a este ruido sofocado que viene de todas partes, aturdiendo. Una sonoridad que aísla; no importa que yo haya fijado nítidamente los granos de la tierra o las grietas de esta calle en mi imaginación; a nadie puedo hablar de su presencia. Así aseguras la imposibilidad de contactos, precisamente lo que amo de ti. No puedes ser nominada; una voz, cualquiera otra voz que no sea la mía, haría desaparecer las luces circulares, las ventanas, tus superficies. Eres esta tensión que sólo puede ser aprehendida individualmente. Aun el amor se destruiría y por eso Ira y yo cruzamos dentro de ti, sin hablar, construyéndote diferente e idéntica al mismo tiempo.

Dejo detrás los cafés, el dulce ambiente sin personajes hasta este momento, y tomo la calle cuyos árboles oscuros me adelantan la imagen de Ira; su cuerpo como el tuyo, ciudad, extrae inesperados niveles a la intuición. Líneas, contornos, todo se envuelve en sombras tostadas; sólo ocurre que la noche comienza; anochece, se inicia otra vez el mito y saberlo perturba.

Finalmente, descanso un momento en la entrada del edificio; subo por las escaleras y oprimo el timbre siguiendo nuestra tácita señal. Algunos segundos… Repito la llamada; no hay nadie. En verdad, ayer debió ser nuestra cita. Descubro entonces que no está asegurado nuestro encuentro hoy, pero decido esperar. Me acerco a la escalera. La luz blanca, las paredes, yo: un detalle. Evoco el rostro bellísimo de

Ira. Vuelvo al cuello, a los labios, a los cabellos; en cada aspecto una imperfección que conduce a pensar en un objeto griego. Los mechones rojizos. Y tu voz grave, su penetrante resonancia.

Hasta mucho después de haberla encontrado recorriendo las ruinas del sur de la ciudad, no advertí sus rasgos verdaderos. Era junio; la tarde, llameante, nos envolvía con dureza, muy cálida. Apenas recuerdo aquellos besos iniciales, interminables, que me obligaban a concentrarme en los sentidos, exactamente como ocurre con los besos de las mujeres que proporciona el azar. Sobre las paredes de la vieja casa el polvo repetía al sol y establecía una estructura de puntos dorados que hacía espeso el aire anterior a la noche. Acordamos vernos con frecuencia.

Luego hubimos de permanecer largo tiempo sentados sobre la alta acera. Tus bellas piernas. La piel desaparece bajo los pliegues de la falda e incita. Alguna de esas frases que atrapa las cosas, pasa entre ellas y queda después suspendida, convertida ya en cosa misma, se me ocurrió esa tarde de junio, al final del encuentro, para definirte. Pensé esas palabras; traté de cubrirte con ellas y no dije nada. Tal vez más tarde, sobre la alfombra de tu habitación, pude expresarla. No estoy seguro, sin embargo, de haberlo hecho; de esos instantes lo único nítido en mi pensamiento es tu risa y el sorprendente motivo que la suscitó. Contra tu piel mi cuerpo, míos momentáneamente tus cabellos sueltos, hablabas. ¿Fui yo quien originó tu actitud de burla o fueron tus mismas frases? No interrumpí las caricias, pero tu inesperado rasgo de humor me había alterado: inicial desequilibrio que introduce el conocimiento.

En la noche, en tu habitación, comprendí que nunca antes te habías acostado con un hombre y volví sobre ti, impetuoso como después de una larga abstinencia. Exhausto y demasiado dulce en mis actos, alargué esa primera ocasión de amor hasta el límite doloroso del sexo. Y aun no dormimos, inmóvil yo a tu lado y tú, de acuerdo a posteriores revelaciones, luchando contra la vertiginosa necesidad de creer en la aparición de ataduras y nexos. Después, coloqué tu cuerpo en exacta correspondencia con el mío, y me dormí.

El mediodía me reveló, transformado, tu cuerpo desnudo. Me incliné. Exagerados tus rasgos bajo la luz, su disposición me incitó a apreciarte como a un objeto: supe que iba a amarte. Reapareció la ola de sensualidad, debía poseerte de nuevo, pero permanecí estático. Entonces escuché la voz del hombre que te llamaba desde el pasillo; conocí tu nombre. ¿Estaba yo dentro de una complicación de celos? Divertido; no me escondería. Y la llamada te despertó, creo, porque hubo un súbito gesto de inquietud en tu cuerpo. Sin embargo, tornaste a la posición anterior, dormías. Mi bella Ira, blanca, indiferente a todas las llamadas.

Después, no volví a verte; y un día estoy en el parque, directamente bajo el sol que rasguña la piel, y tú estacionas tu auto, desciendes, te acercas y yo no puedo reconocerte. Hasta que, de pronto, sé que eres tú. Pensé: «Vuelve, como después de un viaje», y no permití que te sentaras cerca de mí, sino que tomé tu brazo, te atraje con violencia y, justamente después de besarte, te obligué a correr sobre la hierba esponjosa, zigzagueantes los dos bajo los árboles y la luz, de pronto extraños y de pronto conocedores de nuestra intimidad. Tu débil protesta. Y en seguida, ya caminando, la comunicación del sudor. Tiemblo y sé que nada resiste; es imbécil esto. Entonces aparece la necesidad nítida de tu cuerpo; me inclino, lujurioso, sobre tu cuello; pero en este instante no podemos… y retrocedo, me arrastro sobre el parque silencioso hasta encontrar los montones de hierba seca que los vigilantes han reunido. Fui a los grupos de monte, di patadas sobre ellos y los deshice. En mis ojos, sólo la imagen de líneas que se entrecruzan, breves, y que descienden conjugándose con el verdor viviente de la tierra. Así desaparezco entre las briznas y el viento, Ira, cruel e infantil ante ti; demoníaco bajo el sol que impide el dolor. Sufría. ¿Por qué? Ira acudió riendo desde la curva de la colina. Sentí que era rojo su movimiento, incitante. Y quise que estuviera siempre allá, alejada, y se lo comuniqué a gritos. Giré en aquel trozo del parque hasta que los pies me dolieron; hojas, tallos negros, la hierba rota y sin jugo, todo lo esparcí en el suelo y dejé que irritantes fragmentos vegetales se adhirieran a mi piel. Niño otra vez: vencidos el tiempo y la ansiosa fuerza que me ataba a Ira.

Estuve acostado hasta que la humedad del suelo penetró la camisa. Me puse entonces de pie; Ira seguía a mi lado, alta, silenciosa y profundamente triste. Detrás de los árboles las voces del jardinero y de un vigilante me hicieron saltar. Tomé a Ira; de nuevo la carrera. Al fondo, lejos, cuando entrábamos en el automóvil, quedaban las siluetas de los empleados, que me acusaban. Ella arrancó y volvimos a su casa; cada uno necesitaba el cuerpo del otro. Y, al detenernos en la entrada del edificio, un hombre delgado, maduro, salió sin advertir que estábamos ahí. Ira lo saludó en voz alta y esperó a que él se marchara para anunciar que era su padre. Identifiqué su voz con aquella escuchada por mí durante nuestro primer encuentro. Esa tarde tu entrega fue frenética, obsesiva, como si hubieses estado tratando de ser diferente a cada instante. Arena rojiza bajo mis piernas; tu boca, tu sexo escapando sobre las suaves telas y yo enloquecido. Ninguna luz, ningún color. Pura, mi sensibilidad que discierne, tensa, el límite de cada poro dentro de ti. Y al final suelta, increíblemente quieta, quedas entre mis brazos esperando que yo decida liberarte a otros sueños, a otras sensaciones irreales, pero soy incapaz de abandonar tu cuerpo y permanezco sobre ti, hundido e inmóvil.

Al despertar, antes del amanecer, volviste de nuevo a mi cuerpo, ahora en función de rito, ajena. Mis músculos reconstruidos por tus manos. Empezaba a entender.

Fue difícil, sin embargo, conocer lo esencial de tus actos. Durante muchas semanas estuvimos juntos. Era indudable que me amabas y yo, sorprendido de mí mismo, me entregaba también. No pude justificar, no obstante, tu empeño de defender la fidelidad. Claro, decías que me habías conocido accidentalmente, y claro que nada sabías de mí; lógico, igualmente, era que cuando yo desapareciera habría otro. Pero nunca admitiste compartir el amor. Dos únicamente. Ley inmemorial; terminé por creer que eso era cierto.

Serena Ira. Y viví en terrible conocimiento de tu fidelidad, doblemente atraído e intranquilo hasta que tu propio silencio descubrió tu secreto: tu entrega era lo único visible de la destrucción. Querías establecer tu libertad y el sexo era tu instrumento. Yo no podía comprender, luchaba por definirte. Pero de pronto algo se soltó: me acerqué a ti sin preguntas.

No recuerdo con exactitud cuándo asumí esa conducta, pero todo lo comprendí en la fiesta. El brillo y esa impaciente demostración de bondad que invade a cada invitado nos envolvieron. Bailamos ajustados uno al otro cerca de la gran ventana. Excelentes tus amigos, su alegría. Dijiste: «Cuando uno tiene algo por completo ya no lo tiene», y te reías, muy próxima, acentuando la impresión de que estabas borracha. Pero no habías bebido. Después, hirientes, las caricias. No debía haber tregua: sentí que pensabas eso, y con ello todo se abrió, todo se reveló para mí; tu constancia, esa locura que te empeñabas en practicar siendo fiel, habría de originar el derrumbamiento de tu imagen en mí. Estaba claro tu propósito, era lo que habías buscado. Pero te amaba, Ira, y no creí que pudieras obtenerlo. Aún hoy no puedo definir con exactitud en qué consistía ese tipo de aniquilamiento propuesto por ti; razoné que aquello debía ser un teorema, y yo, por lo tanto, alguno de sus elementos. Un frío juego sobre la afectividad. Concluí que el desastre propuesto por ti cubriría complejas zonas de subjetividad; pero, eso sí, únicamente aquellas que implicaran intelección. Intentabas borrar, como sobre un vidrio, cuanto yo había aprendido de ti, sin que importara que en el proceso te borraras también.

Un mes después habías desaparecido. Te encontraba en las librerías, en algún bar, sonriente, brillantes los ojos, pero inexpresiva. Habías vencido: ya no te amaba. En una oportunidad estuvimos media hora en un café, hojeé el libro que llevabas y nos separamos. Una frase se vino conmigo. «EI hombre debe prestar a los dioses la certidumbre de la belleza». Acababa de leerla y traté de construirte con ella. ¿Ibas a ser verdadera por lo menos para los dioses? Sí, hasta tanto no

quisieran atarte. Y, caminando, temblé al comprender que coincidíamos; me volví, quise buscarte, pero ya no estabas en el café. ¿Comprendes lo que significa coincidir con alguien? Tenías razón: hay que desligarse en función de amor. Sin embargo, ¿por qué la destrucción? Y busqué un teléfono y te llamé y no aceptaste verme hasta que ayer, súbitamente, cruzas cerca de mí, me invitas a recorrer un poco la ciudad y entro en tu cuerpo, transformado. Te amo, Ira; amo lo que de ti se desvanece: tus movimientos, tus palabras, tu cuerpo. Y fuimos ayer hacia el norte de la ciudad, donde, ocre y azul, la montaña desciende y nos cubre las manos. Te descubro exacta a ti misma. Lentos besos. Sigue ausente de ti lo verdaderamente femenino: no tratas de demostrar que estamos unidos. Y enloquezco colocando mis manos sobre tu cuerpo. Y entonces solicito verte mañana; pasaré por tu casa.

Ayer, sin embargo, algo ocurrió y no acudí. Pongo la mano sobre la escalera blanquísima y decido esperar sólo unos últimos minutos. ¿Y si Ira está adentro y sabe que la busco? No; esta conducta no corresponde a ella. De pronto me enfurezco; aunque sea necesario esperar toda la noche, me quedaré. Y entonces las pisadas de Ira, en la escalera, destruyen la tensión. Precisa, tal vez un poco lánguida y vestida de rojo, Ira avanza y toca mi brazo. Tomo el paquete que trae, la abrazo, y en seguida estamos dentro de la habitación. Todo va a ser lento hoy, no obstante. Debo fijarte, amor mío, en inmóviles imágenes que llevaré a la muerte. ¿Qué dirías si comprendieras la serenidad de la idea de suicidio? Te suelto los cabellos, te descalzo. La más breve palabra está demás; tú buscas un vaso, licor, y yo deshago las ataduras del paquete. Libros, un estuche de acuarelas. «¿Ahora pintas?». «No; me gusta abrir la caja y mirar los colores». Le pregunto quién le habló de estos libros y ella expresa un nombre desconocido. En su voz vibra la seguridad de que ha sido por sí misma que decidió adquirir esos libros, y yo sonrío: sé que nunca te interesas por descubrir algo en el arte; esperas que se ofrezcan las cosas, pero, luego que has establecido la relación con el objeto bello, ya es tuyo.

Traes el vaso. Un poco de licor para cada quien. Y sobre la alfombra, lentamente, te desnudo. Hermoso cuerpo, suntuoso temblor de la luz que apago con mi poder cuando llego a ti y nos hundimos en este reino de formas, violento, sofocante, que impide mirar. Entonces te obligo a entregarte en forma nueva, profunda, porque necesito que sientas ahora, tú que te destruyes, que me amas. Es la última vez.

ESTO HA OCURRIDO, no tiene ubicación en mi vida. Con el grupo de nuestros amigos atravesando aquella noche la plaza iluminada y los sonidos de la pequeña orquesta. Ni siquiera habíamos hablado; tanto tiempo cercanos uno al otro y, no obstante, todo habría de comenzar entonces. Bajo la cobertura de las risas y de las palabras, quedó a nuestras espaldas aquella imagen de la vieja ciudad, de las cosas que estaban concluyendo: los músicos, los árboles iluminados y las siluetas dispersas de hombres cuyos rostros habían desaparecido, vueltos hacia secretas cámaras de vidas anteriores. En seguida entramos en un bar y frente a mí, tras del vaso de cerveza, descubrí tu rostro, supe de pronto que ya no existían nuestros amigos, sino el vínculo inesperado entre nosotros. Yo te miraba; vino tu prolongado silencio; bromeé acerca de tu expresión de alejamiento y, de pronto, comenzaste a intervenir en la conversación de los demás y todo con ello ascendió a exultantes claridades. Cuando abandonamos el pequeño bar, advertí la aparición de un extraño reposo: comenzaba a ser feliz y me olvidé de ti hasta que escuché tu risa muy próxima, dentro del cine. No vi la película ni vi nada de ti; estaba amándote, comenzaba a ir hacia adentro de mí mismo. Regresamos al bar. Me dije que aprehendería cada uno de los elementos que iban a integrar esa noche, para hacerte en relieves, después, para que aquella misma situación fuese parte de tu estructura, de la posterior construcción que yo habría de realizar. Sin embargo, sólo recuerdo las risas y, a veces, las lentas canciones. Uno de nosotros murmuró, ebrio: «Tú crees que lo que decimos tiene sentido, por eso no hablas…». E inesperadamente ocurrió la decisión de separarnos. Me coloqué a tu lado, te llevaré. Los demás tomaron el auto, apretujados, y gritando se alejaron. Nosotros comenzamos a descender hacia el centro de la ciudad. Creíamos que llovía; desembocamos en la amplia plaza, ahora solitaria, donde el piso de antiguas rocas brillaba. Te obligué a saltar la escalinata y avanzamos hacia el centro de la plaza, como cuando veníamos momentos antes en el grupo. Tú, cercana y tranquila; yo, tratando de excluir mi conciencia para sólo amarte y no decirlo. Sobre nosotros, los árboles, las hojas en las cuales se inscribe, cada verano, una nueva historia de la ciudad. Los músicos habían desaparecido; las siluetas de los hombres que parecían recordar, borradas. Únicamente nosotros, emergiendo de un sombrío desierto, avanzábamos. Vi en tu piel y en la mía la huella de centelleantes arenas. A cada segundo uno de nuestros pasos concluía, quedaba. Tú lo dijiste. Hería con doble intensidad comprender que también tú temías, como yo. Intenté rescatar la fuerza poderosa que teníamos minutos antes y añadí vigor a mi voz para decir que aún podía yo ver cuanto había estado hacía un rato en la plaza, despertarlo… «Esto que escuchas no es el viento; es la misma música de antes que ahora se detiene sobre las piedras.

Por la escalinata descienden hombres y mujeres jóvenes. Todo está igual». No era cierto. Me aproximé a tu cuerpo, tembloroso. Nada dijimos y, después, tus propias palabras me impelieron a confesar la derrota. «Es cierto; nada ha quedado ni de la fiesta ni de la música que conocimos esta noche. Pero un día se repetirán». En lo hondo, estallé. Repetir: he ahí la clave del abismo, la cáscara que oculta la proximidad de la muerte. Todo es uno; y mi vida sólo vale hasta que eso se descubre. Después, queda esto: las mismas búsquedas, las caminatas por las calles, las fiestas, las estériles palabras; siempre con un ser distinto, al cual nos aferramos para salvarnos y a quien, simplemente, estamos hundiendo. ¿Ves? Así nos dedicamos a recubrir nuestra desnudez, con estos actos, con la proximidad de estos seres: únicamente para convencernos de que aún queda algo por hacer. No me escuches; piensa por última vez que la gran plaza llena de luces y abandonada nos contuvo una noche dentro de sí. Ahora tomemos de nuevo las calles; absorbe la atmósfera simétrica y sin refracciones que también condena una parte de nosotros. Pero ¿sabes por qué nos engañamos? Por huir del dolor y porque es éste lo único nuevo siempre. Hoy te amo, parece nuevo amarte, pero el amor como lo demás es uno; en lo esencial, sólo repito. Y, sin embargo, estoy dispuesto a atarme a ti, a dejar que mi cuerpo adquiera el filoso nivel de lo extremadamente sensitivo —originado nada más por el amor— para convencerme de que persisto: cuando me hieras, existiré. ¿Comprendes ahora cómo nos excusamos con el dolor?

Si nos viésemos desde lo alto seríamos dos siluetas minúsculas que pasan sobre la gran calle de piedra, entre las oscuras líneas de algunos árboles y las masas blancas de viejos edificios. No hay relación entre esta caminata, estos lugares de otro tiempo y esta sensación de fugacidad. Desde lo alto se podría hacer otra historia acerca de nosotros. Una leyenda que hablase de la eternidad y de nuestros cuerpos, fijos sobre el gran plano de la ciudad. Pero aún no moriré, te digo, todavía hay algo que me nutre, y eso, tal vez, me ayudará a ser eterno: cuando encuentro otro ser, cuando siento la música que como un objeto resbala sobre mi piel, cuando me entusiasma el vigor de los árboles, trato de comprender. Esta necesidad de entender me salvará.

Tú nada dices, a mi lado. No hemos hablado desde que nos despedimos de los otros amigos; y yo no podría destruir el silencio que nos une, porque en él se construye esta tensión de la felicidad. Voy a tu lado, sin tocarte, sabiendo que tu aceptación de mi compañía, hoy, es casual; que podrías prescindir de mí. Próximos ya a tu casa, hablas; pasa tu voz y la detengo en mi boca; y son graves y dulces tus palabras y gruesa tu voz en la oscuridad. «Tú no crees en hechizos, y, sin embargo, está ocurriendo en mi vida todo cuanto una vez pensé. Lugares, situaciones y personas, acuden a mí como a través de un

sueño». Yo sonreí. Hermoso rostro, relieve de labios espesos. No te digo que estoy dormido desde que nos encontramos ni que, al despertar, será el final. Hago un comentario para protestar por la conclusión de nuestro paseo y nos detenemos ante la puerta cubierta de verdosas rejas. Ahora, desde lo alto, pareceríamos dos puntos colocados frente a la negra línea de la pared. Me voy, Ira; un día te encontraré. Y entonces tú tiendes la mano hacia mí —y yo pienso que no hay razón para que lo hagas, que nuestros cuerpos guardan un fuego que me haría enloquecer, que todo ha concluido hoy…— y encierro tu piel bajo la mía y sé que volvemos al desierto porque me quema la arena y el viento, sólido, nos envuelve. Después, acaricias mi piel. Te irás. Pero yo no puedo dejarte ahora. Dentro de esta oscuridad de la amplia calle, en un lugar de la ciudad que no existe sino para mí, me entrego a tus bordes llameantes, toco tu piel, dejo que caiga mi conciencia y nada más, nada más para siempre sino el amor.

3

UNA VEZ PENSÉ escribir la biografía de Ira. Tomé entonces los momentos en que estaba conmigo para asaltar, en secreto, su vida y extraer de allí una historia aguda, melancólica y suntuosa, que, a mi vez, se la contaría a ella misma como si perteneciera a otra persona. Establecí lugares especiales en mi pensamiento para detener en ellos, iluminados, sus actos, sus palabras. Procedí con violencia en ese intento de atraparla; ella no suponía nada, estaba en mis manos. Hasta entonces sentía que era una mujer sustanciosa; tras ella debía haber algo más. Su inteligencia fue la primera señal que me perturbó: silenciosa conmigo, conversadora con sus amigos, esto me hizo pensar en un delicioso balanceo. Para Ira los hechos son puntos de partida que permiten extrañas y lógicas conexiones. Frecuentaba las más diversas personas y con todas iba bien. Nunca conocí una mujer tan inculta y sagaz. Antes que se enamorase de mí me reveló el sentimiento de repulsión que le despertaban los libros. Pero nadie advertía ese rasgo, fascinaba.

Su humor, realmente, es la característica que la define. Sólo ante estímulos abstractos que, creo, no entendía, y ante las ironías, reía. Ira estaba contra la muerte, contra el suicidio. En la misma forma en que no quería pensar, evitaba toda alusión a lo trágico. (Mucho después que se retiró del empleo, ya convertida en mi amante, supe que había tratado de suicidarse. Nunca hablamos de eso). Y la naturaleza de su humor me hizo admirarla, justamente cuando la extraña mujer a quien

yo había conocido, y de quien planeé escribir una biografía, se deshacía. Entonces, la sentía cerca de mí, tensa como una hoja que va a caer. Vivimos juntos algunos meses, y cuando descubrí que sólo estaba con ella por su cuerpo, por sus ojos bellísimos y por la inquietante impresión que me causaba su piel, dejé de verla. Ahora, como lo ha hecho ayer durante doce horas, me acecha. Establece encuentros causados aparentemente por el azar e insiste en que la llame, en que volvamos a vernos. Ayer, antes de dejarla en su carro, le sugerí que buscara a alguno de sus antiguos amigos. El atardecer traía una expresión insoportable a sus ojos: excesiva belleza. Vacilé por un instante y luego me burlé de mí mismo. De esa manera tan simple ocurrió nuestro encuentro final; nos hemos visto ayer por última vez, Ira, pero tú no puedes comprenderlo. Amo ahora a una muchacha rubia, refrescante, y a ella me dedico. Diferente contacto con ambas y ninguna puede comprender que yo estoy concluyendo.

EL SUEÑO

LA RESPIRACIÓN DE Ira; un último brillo de la noche, que puede ser el amanecer. En esta habitación los objetos se pierden; no voy a dormir, no voy a dormir; coloco la mano de Ira sobre mi cuerpo y es difícil pensar con el contacto de su piel que hunde mi conciencia. «Hoy es el final —te digo—; no te duermas». No voy a dormir. Habíamos quedado relegados en la parte oscura de la sala; el pintor y los demás se alejaban. En uno de los cuadros podías estar, ser tú misma, Sigrid. Te acercaste, levanté la tela del traje y moldeé con las manos tus senos. «¡Aquí no, por favor!». Te besé; hasta mi garganta penetró el sabor amargo de limones. Brillo verde y oscuro sobre tu piel, Sigrid. Las pequeñas corazas de los limones rodeando nuestros cuerpos. ¿Dónde estamos? Todavía no duermo, mi conciencia establece las cosas, sus volúmenes y su equilibrio. Y la mano de Ira impide que caiga.

Viajaré a la isla; alguien ha entrado, ya no será en este cuarto de baño. Salgo por una de las dos puertas y llego a otra habitación, idéntica a la anterior, como en un sueño. Los mismos arabescos en las paredes y el techo, la misma blancura recargada que me hiere los ojos. Abro la llave de la bañera. Dentro de ella, desnudo, me masturbaré. Pero también ahora llega una persona. ¿Quiénes me persiguen? No pueden empujarme a sentir culpabilidad por practicar esta forma del placer; me basto a mí mismo. Tomo la larga toalla, me envuelvo y salgo. Desciendo una vez más; amplio pasillo. En esta sala de baño lo haré. Ira, tus dedos entre mis vellos. No te rías, Humberto, en la orilla, rodeado por los pescadores y las barcas, recuerdo tu rostro, tus actos jóvenes. Pensé que nos encontrábamos para ser hermanos, porque tú sí podrías convertirte en músico. Mi historia se repite en ti, pero tú estás a tiempo. La espuma filtra el cuerpo de las barcas y trae a Vivaldi; sobre la playa sonora pude verte, Humberto, mientras te acercabas a la música. El coro en el más grande parque de la ciudad. De noche el cielo y las luces se confunden. Alto, sobre las gradas blancas, el coro. Los trajes morados bajo el reflector; juntos como monjes, ustedes. Las voces. Hice un esfuerzo por descubrir tu voz. Norma. Norma, la muchacha silenciosa se había perdido entre las siluetas del coro. Va a llover sobre el parque, sobre los cuerpos majestuosos de los cantantes.

¿Qué siento, qué puedo decirle a Norma cuando haya concluido la pieza de Bach?

Esa tarde compró Gilberto el ron. Alta y fresca la casa, sobre las colinas del sur. Habíamos ido a casa de Antonio; comenzaba la noche. «Por las noches todas las ciudades son iguales—», murmuró Gilberto, y tocamos el timbre. En la terraza nos aislamos; los tres, la botella y una pequeña caja de música que, inesperadamente, Antonio trajo desde su cuarto. La tapa interior de la caja estaba recubierta con pequeños espejos. Hice esfuerzos por reconocer la breve pieza musical, pero no pude. Sobre la felpa, en el estuche, una minúscula pareja bailaba torpemente. Nuestra conversación de esa tarde desapareció; ni siquiera yo, que me empeñé en fijar una a una las palabras, logré detenerlas. Y fue mejor. ¿Para qué atarme a esos elementos irreales? A los veinticinco años se tiene todo por delante; lo único necesario es que pase. Era pueril tratar de detener hechos en la memoria. Muy tarde ya, intenté cerrar la caja de música: observé que los espejos reflejaban desde distintos ángulos la imagen de la pequeña pareja. Y a medida que inclinaba la tapa, las diversas siluetas convergían en una sola. Cuando aquélla estuviese completamente cerrada, se integrarían. Serían una imagen única cuando yo no pudiese verlas. Olvidé las voces de Antonio y de Gilberto; olvidé que sobre las colinas pasaban los sonidos del viento. Acababa de encontrar un hiriente reflejo de la realidad: la caja de música mostraba que si trato de integrar los elementos, ellos serán uno solo —lo exacto— cuando mi conciencia no pueda seguirlos, cuando sombríos engranajes oculten lo esencial. Debí sufrir; aun en aquellos asuntos que parecen inofensivos encuentro algo que me excluye o me atormenta. No volví a hablar, pero abrí otra vez la caja; en su interior, sobre el rojo terciopelo —repetidos infinitamente por los espejos— bailaban el hombre y la mujer.

¿Qué música era ésa?

«Te digo que fue en la aldea, en uno de los hoteles. Eleazar —nuestro compañero de bachillerato— y su hermano alquilaron una de las habitaciones. Un viaje de negocios o algo similar; y, no lo vas a creer, el hermano llevaba una pistola. Al parecer, ambos temían al lugar porque no conocían nada allí; pero siempre fue un pueblo inofensivo. Estuve temprano con ellos; fui a su cuarto. Entre las paredes sucias, únicamente la cama y, frente a ella, una hamaca; estando allí, mientras hablábamos, escuché a Eleazar elegir la hamaca para dormir esa noche. Ahora te contaré la historia que el hermano, al día siguiente, narró, enloquecido. Después de que me despedí, la tarde anterior, ellos caminaron algunas horas por la orilla del río y por las calles principales. Amarillos los árboles y el agua, y la tierra gris; el paisaje deprimió a Eleazar. ¿Por qué no tomar una cerveza en el bar más próximo? En efecto, bebieron, pero muy poco, porque ambos

hermanos experimentaban sensación de peligro. En la habitación del hotel hablaron acerca de las actividades para el día siguiente. Eleazar se durmió pronto, pero su hermano estaba inquieto y se trajo la pistola y la colocó bajo la almohada, y decidió esperar. Antes de medianoche, advirtió una sombra frente a él, exactamente entre la hamaca de Eleazar y su cama. Quiso moverse, todo fue vertiginoso. La sombra podía ser un hombre o una serpiente. A veces fulguraba, metálica, como si estuviera recubierta de escamas. De pronto, el extraño cuerpo avanzó hacia él y se inclinó; justamente cuando tocaba su cuello, el hombre advirtió que de nuevo podía moverse. Con violencia introdujo la mano bajo la almohada, tomó la pistola y disparó. Llorando, como te digo, me reveló que está destrozado, pero que es inocente: al despertar descubrió el cuerpo de Eleazar que colgaba, muerto, desde la hamaca. ¿Qué debe hacer?».

Adriano escribe desde Alemania: «Como Diógenes y con una linterna estoy buscando un hombre. Pero llevo la linterna en el culo».

Y después de ocho años, volví con David a la estrecha calle, al lado de la iglesia. Por el norte de la ciudad pasaba yo, muy joven, hacia el liceo. Y, en esta calle, las amarillentas paredes de la iglesia guardan fragmentos de mi juventud, mi amor por Cara, las conversaciones con Orlando. Ahora nada queda de lo anterior. Pero no toques, David, ni un árbol ni una puerta, ni los parques ni las escaleras de mi ciudad. Si cambias algo, ¿cómo lograré saber, después, quién soy?

En la oscuridad los tres hombres avanzaron por el pasillo. Al fondo, la silueta rectangular de la puerta, nítida, enceguecedora por efecto del sol. Justamente al acercarse a la salida, uno tras de otro, los hombres vieron el gran cuervo al mismo tiempo. Y avanzó el primero y nunca pudo saber si caía, inconsciente de dolor, bajo el poder de la luz o si era el cuervo (como en efecto ocurrió) que le destruía los ojos. El segundo hombre no se detuvo; cuanto antes, mejor. Pudo distinguir la gran calle iluminada y luego, todo rojo, deshaciéndose en su propia sangre. El último de ellos vaciló un instante, pero inmediatamente se ofreció; no trató de ver las cosas ni de mirar al cuervo. Salió con los ojos cerrados; tenso, escuchó el vuelo del animal que se acercaba y, en seguida, el terrible aguijón. Pero levantó los brazos y atrapó al ave y le destrozó los ojos y ambos giraron y giran eternamente sobre las blancas superficies de la ciudad…

Estoy retrasado; ni corriendo podría llegar a tiempo. Aparto gente, me meto entre los vehículos. De pronto, encuentro a un amigo y él comienza a hablar y quiere decirme algo muy complicado, pero necesito explicarle mi prisa. Y lo hago y, entonces, él me mira sonriente y dice:

—Si estás tan retrasado, vete caminando de espaldas.

Salió. Había estado debajo del camión largo tiempo y los músculos

le dolían. Las luces de los otros autos, al pasar, hicieron centellear su torso desnudo; esa claridad lo engraba de pronto al cuerpo de la gran carretera solitaria, a las estrías de la montaña. Un accidente como otros. Ni siquiera se sacudió el polvo; la piel y el rostro adquirían secas tonalidades. Vio el reloj; pronto amanecería. Su compañero acudió anunciando que no había agua en los alrededores; luego, tomó las herramientas y se metió, con ellas, adelante, silencioso, soñoliento. El chofer se irritó por un instante: tanta tierra húmeda, esa noche gruesa como lienzos, aquellas borrosas sombras de árboles… —¡tantas presencias vivientes y ninguna de ellas ofrecía una fuente!—. Caminó y se detuvo tras del camión.

Regresa. Entra en el vehículo y se echa la camisa sobre los hombros. Lento conductor, tardío e indiferente. Su acompañante dormía ya. Arrancó, dio la máxima velocidad al camión, pero, sobre el plano oscuro, aquél parecía no moverse. Hincó el acelerador; también el chofer se sentía inmóvil. Después, algo espeso, una sensual inquietud o una sombría fuerza o una ausencia completa de pensamiento, lo obligó a comprender que, entre la noche, sin direcciones ni referencias, guiado por un extraño equilibrio, avanzaba, como siempre.

—No —dijo Alfredo—, se trata de una mujer inculta. Tú le prestas un libro, ella lo lee, toma palabras cuyo significado ignora y luego las coloca donde sea, en la primera oportunidad que se le presente. Ese día fuimos a visitarla; habló ella un poco, muy coqueta, e inesperadamente, recordando nuevos vocablos, al ver a su gato sobre el televisor, gritó: «¡Sal de aquí, gato absoluto! ¡Este gato sí es exterior!».

No duermo, Ira; sólo mezclo tu imagen y la impresión de tu piel con fragmentos de otros seres. ¿Los sientes? ¿Comprendes cómo nos rodean en esta sombra? Nunca se nos van realmente los otros, dijiste alguna vez; eso explica las untuosas corrientes que circulan en esta habitación, el dosaje de roces —hierbas, felpa, piedras porosas y cortantes— que recorre nuestros cuerpos desnudos.

Mi nombre es Ascio; por ello lo único que me hace común —aquello que me engrana a la colectividad y a los otros— es la noche. Trato de recordar mi nombre y el de estas calles; he intentado tanto acercarme a mí mismo que soy los otros, como en un sueño. Y de nada vale creer que duermo mientras reviso estas puertas innumerables, esas viejas ventanas y las altas líneas de los árboles. Estoy cansado; no hay medios de transporte en la ciudad. Ira no existe. Por lo demás, definitivamente aprendí de Braque: blanco no es lo contrario de negro, ni siquiera es blanco.

Yo mismo iré a la rocola; utilizaré la última moneda en estas canciones, las canciones de aquel tiempo. Ira, Gilberto y David ya no

las escuchan: esa música está para siempre en mi interior. Primera tecla: *Yesterday*, con The Beatles. Ustedes no se burlen y pidan el ron, ya volveré a la mesa. Ahora *Celoso*, de Los Panchos; y *Ciao, ciao*, dos veces. Falta elegir un disco, lo dejo para alguno de ustedes.

ÚLTIMO DÍA

1

AFUERA LLUEVE CON lentitud; cae la lluvia y arrastra con ella los últimos momentos de la noche. Desde mi cama, con temeroso cuidado veo surgir, precisas, las cosas de las sombras; soñoliento, recuerdo que esa misma actitud asumí, ya no sé cuándo, para acercarme a los dibujos de Rembrandt. Ahora despierto y nada es nuevo: he aquí mi pequeño cuarto, las ventanas, los libros. Como si estuviese construyéndome a mí mismo, adivino cada una de las cosas. Me despertó la lluvia, y descubro de pronto que he estado soñando; afuera, la ciudad carga consigo misma, inmóvil y monstruosa en el amanecer. Abandoné ayer la oficina, estuve tal vez en el café donde acostumbro encontrar a mis amigos. Y debí haber bebido algunas cervezas: nada recuerdo. Lo único nítido es esta sensación de reposo, pujante, y la planificación del día que comienza. Pero eso ya está claro: huiré hacia dentro de mí mismo; he encontrado la solución. Muy lejano, alguien canta; escucho con atención y comprendo que es el sonido de una radio. Mahler. Gruesa y lejana música que efervesce entre la lluvia. ¿Qué despierta esa melodía? Un rostro, y otro y aún otro, cuyo encadenamiento es la prueba de mi existencia. Pero sólo dos o tres rostros, a la larga, constituyen mi vida; y ésos son los de ustedes. Ya no temo encontrarlos; descubrí que acercándome sufriría menos. Quizá duermo todavía; mientras cierro los ojos evoco cada uno de vuestros rasgos; me someto a la disciplina de excluir cualquier elemento mío para que así surjan verdaderamente los de ustedes. El viaje hacia mi interior hace saltar mis apreciaciones propias, las arrojo: de ese vacío, de esa ausencia, los veré brotar porque no hay nada más dentro de mí. Los he engañado: cuando creen que nada nos une (puesto que he logrado edificar esa atmósfera con mi conducta), sólo soy real porque existen ustedes. Insume mi pensamiento porque no es mío.

Lo único importante, lo único que debería quedar claro, eso sí, es

que no me apodero de vuestras vidas a distancia por amor y que no me he alejado por rechazo. Vean entonces mis razones: he creado las imágenes vuestras, conozco cómo podría reaccionar cada uno; sé lo que debo decir ante ustedes, cuando están juntos o al encontrarlos individualmente. Pero mi finalidad entonces sólo es confirmarme a mí mismo. Verificar. Pude haber nacido en otra familia; actuaría igual. Extraigo de ustedes la realidad; logran, como ocurre ahora mientras llueve, hacer que mi cuerpo ingrese al universo de las cosas, que sea una de ellas. De ahí procede mi felicidad; establecen ustedes para mí lo que nunca podré lograr solo: ser lo exterior. Así, mientras acude aquella gravedad que me aproximó a Rembrandt, vuelvo a crear a mi padre, su voz, sus rasgos abruptos. Siento ahora cómo paso de mí mismo a otra existencia, cómo hinco con mi espíritu otras carnes, otras formas, sabiendo, no obstante, que reposo íntegro en este viejo lecho. Amanece y llueve: nunca antes repetí, con la intensidad que hoy tiene, aquella frase de mi padre. De noche, tras la ruinosa pared que separaba el mar y el jardín, inclinado bajo la espléndida serenidad de los limoneros, él dijo: «Tú, que tanto has leído, ¿tienes alguna idea definitiva?».

No vi su rostro. Herido, mi cuerpo quiso escapar del control del pensamiento. ¿Por qué decía él —exactamente en las circunstancias en que se encontraba— esa pregunta? Mi padre se había aislado; fue ése el único día en que salió al jardín. Sabíamos todos que estaba enloqueciendo. ¿No creía a veces que era yo quien caía, ajeno a la lógica, ante sus razonamientos desordenados y sorprendentes? Tantos meses sombríos por su enfermedad, en nuestra casa; por haber intuido entonces lo que iba a ocurrir en la actualidad, fui feliz aquel día, al bajarlo al jardín. Lujosos los olivares y la tierra oscura y los limoneros. Estaba seguro de que el sol habría de arrojarle la salud en seguida. Guardó silencio, nos miramos tranquilos y bebimos líquidos dulces al atardecer. En la noche, el silencio colocó el mar justamente a nuestras espaldas; tras esa pared pasan los cuerpos azules y verdes del mar, pasa la eternidad. Aún yo estaba atado, es cierto, en esa época: la ternura de aquel día que se encendía como una gran hoguera dentro de nosotros, el equilibrio y ese silencio de su pensamiento serían una huella perenne para mí. Todo vibró con dulzura hasta que vino su pregunta. Él, mi padre, inquiría sobre mi pensamiento. La noche anterior había recorrido yo la ciudad, caminando, extenuándome para olvidar una interrogante similar. ¿Por qué coincidíamos de pronto? Y además: él no tenía derecho, estaba fuera de la razón. Emergió el silencio para siempre en él y en mí: aún no tengo la respuesta. De nada vale tocar la belleza que sostiene las cosas; es indigno conmoverme ante las líneas hechas por Rembrandt si mi pensamiento en esencia no apunta a nada con exactitud. Durante los primeros años,

en la adolescencia, esa situación es motivo de alegría: uno sabe que transita la confusión, que es torpe querer aferrarse a un concepto; pero hoy, con esta edad, desgarra. ¿Qué hacen mis brazos y mis piernas tendidos sobre la sábana, qué hace mi cerebro recibiendo la claridad que la lluvia impone a la ciudad? Transigir; repetir la terrible palabra: después. Es cierto que busqué las huellas de los demás; me aferré al pensamiento de quienes me precedieron. Cada vez más cruel: tampoco allí podía entrar. Ahora, como el agua que ha de estar descendiendo por las calles, mis apreciaciones se ramifican, rugen y desaparecen, sin coordinación, imprecisas apenas han arrancado de su origen. Si un día expusiera estas fuerzas secretas que alimentan mi vida, pasaría el sol sobre ellas y las absorbería.

Un día después mi padre fue llevado al internado psiquiátrico. Pero durante la misma tarde de nuestra reunión en el jardín, en la noche, mi madre fue hasta nosotros; se acercó y acarició la frente del esposo y yo sonreí ante su elegancia. Minúscula, pero altiva y ardiente, habló largamente con mi padre que no escuchaba ni entendía; por un momento quise conocer de cuál lado estaba, en ellos, el dolor. No hurgué, supuse que eran indiferentes. En seguida ella regresó a la casa; el largo traje azul, hirviendo entre los volúmenes dorados y violetas de los árboles, queda todavía en mi pensamiento. Mi padre volvió las espaldas hacia mí y miró fijamente la pared que lo separaba del mar; recordé el naufragio, sus gritos por las noches, cuando estrangulaba a las sirenas en su cuarto. La humedad y la bruma del amanecer extraen, ya, los más lejanos signos de vida de la ciudad y los aplastan contra mi rostro porque soy el único habitante que intenta atrapar cuanto no es él.

Me levanto de pronto; ajusto el pantalón rápidamente y descalzo salgo al pasillo. Desde aquí, desde lo alto, vislumbro el choque de la lluvia con el pavimento brillante y sombrío. Sólo un instante de fugaz visión: la ciudad se sumerge en blancos torrentes, lactescente. Su veneno asciende a mi piel, entra en los huesos y atrae. Me arrojaré a ti, pero no hoy sino cuando lo imponga mi voluntad. Estiro el brazo y abro la puerta próxima a mi habitación. Vuelvo a mi cuarto; hay luz y esta externa claridad introduce la paz. Ya no pienso en mí, he escapado de todas las preguntas, me he refugiado en un lugar de mí mismo en el cual no entra mi conciencia. Entonces puedo vivir. Recomienzo.

2

OTRA VEZ, AMANECER. Como borracho, desde la amplia avenida contemplo ante mí el comienzo de siete calles; cierro los ojos y decido: me iré por aquella que se encuentre más iluminada. Inicio el recorrido lentamente, como un atleta que temiera llegar a su objetivo. Las paredes, los árboles desvaídos, los anuncios ya apagados, todos los elementos penetran unos en otros y permanecen suspendidos mientras yo paso; cuando están a mis espaldas siento que de nuevo su propia fuerza los separa y los planta en la tierra. Otra vez amanecer, otra vez la atmósfera gris que me hinca los párpados. Alguien fuma en una esquina y se hace ubicuo: voy encontrando su silueta, borrosa, apenas anaranjado el rostro por la luz del cigarrillo, en numerosos lugares. Me digo: «Un ángel; algo bíblico», y sonrío, cansado de mi propio humor. Me pregunto por un instante si aplicaré el cañón al pecho o a la frente; es imposible elegir; lo determinaré en último momento. Paso ahora cerca de altos edificios y columnas… Cada uno de estos lugares abre una grieta en mi tiempo psíquico; pero no voy a evocar.

Y miro fijamente hacia delante, olvidado de las últimas presencias que la noche reparte en las esquinas y olvidado de mí mismo, de lo vivido. Al fondo, más allá de las construcciones y de los bosques está la colina donde habré de concluir. Veo su cuerpo de tierra gris dentro del humo del amanecer. Qué seguridad proporciona su superficie: lo esencial es el espacio. A medida que asciendo surge la ciudad, íntegra, girando como una rueda; olas brillantes, un musgo hiriente que corta mi piel. ¿Pertenece el brillo que crece bajo mis pies a la ciudad o lo he puesto yo?

Tomo finalmente la escalinata; su simétrica extensión origina la idea de un manantial: desciende y se escurre entre las estatuas y luego desaparece en el bosque silencioso. Arriba, después de una superficie vasta y desolada está mi casa. Una coincidencia topográfica que la hace aparecer como rodeada de jardines y escaleras. Apoyo con vigor la mano sobre una de las estatuas; desde increíbles lugares de mi propio cuerpo acuden hechos inusitados, imágenes, formas y sonidos: puedo comprender que en la muerte vibra la simultaneidad. En ella el rescate es definitivo, se cumplen todos los hechos vividos, al mismo tiempo; por eso, quien muere, aterradoramente múltiple, no sucumbe por otra razón sino porque se transforma en todos los elementos contradictorios de una vez. Y eso se inicia en mí. He aquí mi última lucha, la anulación de la lógica por sí misma.

Asciendo lentamente; silencio pastoso detrás de mí: el sello que ya demuestra mi ausencia va quedando sobre las cosas que ahora parecen más puras y fuertes. Se hacen precisas con extraordinaria plenitud; pero es sólo un instante: el tiempo justo mientras doy la espalda.

Luego, la seguridad de las cosas se interrumpe; todo cae, es irreal; nada tiene contacto conmigo. Bajo ese hondo silencio sé que han

desaparecido las estatuas, los árboles y las altas ventanas. Si me volviera, hallaría un gran hueco detrás; se borra la ciudad, se aniquila por la ausencia de mi pensamiento, única posibilidad de su ubicación. Apagados pasos señalan la huida de los habitantes; los olvido, hoy únicamente puedo olvidar, y con ellos los condeno. Pero no hay crueldad en mis actos; una voluntad más real que su propia fuerza, la mía, los destruye. Tampoco quedan ruinas; mis decisiones sólo conducen a los extremos. Ausencia, ausencia.

Salto sobre un pequeño campo de hierbas. Luz dulce impregnando las hojas; algo que no me pertenece. Cruzo la última parte de la escalinata y abro la puerta de mi casa. El pasillo; los muebles. Finalmente, enfrento aquello que fue planificado: para el final agudizo mi conciencia; ni un detalle escapará. Cumplo en mí el blanco tormento que carece de referencias y de ubicaciones; como a un fuerte engranaje, controlo mi lucidez. Aquí, sobre los poros de la piel, en la exacta tensión de mis músculos y mis pupilas, está la muerte. Es esto que arrastro conmigo mientras penetro en mi cuarto, en la cámara definitiva. Un hilo apenas que me abre, tenso, las líneas de los labios y del rostro. Un espejo indiferente que aproximaré a mi cuerpo para trastocarme en él. Ni un síntoma de temor ni un símbolo que sirva como salvación. Sólo el dolor más penetrante envolviendo mi vida anterior. Sólo ese dolor increíble —la inteligencia— que azota mis movimientos y me sigue con precisión absoluta y me hace querer ver con mayor claridad cada gesto, cada actitud que habré de ejecutar para acabar; y que, sin embargo, me devuelve mi propia conducta como un objeto que tampoco yo puedo reconocer.

Me acerco al escritorio; madera oscura y rojiza. Huellas invisibles sobre estas tablas pulidas. Extraigo la pequeña pistola; inofensiva, certera, capaz de exterminar, como un ser a quien amamos. ¿Puedo verme aún sin vacilaciones? ¿Avanzo todavía entre contornos fijos y claridades? Mi cuerpo permanece maleable y quieto, pero mi pensamiento tiembla por momentos. La razón: he ahí lo único débil, lo único que se resiste. Metal frío en mi mano.

Me asomo un instante; lejano, el lugar azuloso donde estuvo mi ciudad; de él tomo nuevas fuerzas para acentuar mi decisión: nada me ata. Y ahora sé que es el final. Concluyo. Por eso atrapo la última imagen de amor. Es cierto, estoy enfermo de evocar pero realizaré aún otra ruptura: añorarte. ¿Dónde esconder este dolor que despierta tu rostro? Amante o indiferente. ¿Por qué la condena de sentir fue sólo mía? La fugacidad: única huella. El reflejo de nuestra coincidencia durante el tránsito, he ahí cuanto poseo y a lo cual recurro hoy, de nuevo sin razones para hacerlo como al comienzo. Imposible permanecer más tiempo; todo es eterno para quienes maduran, para quienes inventan consistencias: para esos que me han excluido. Nada

sabrás de mi pensamiento; por ello impongo el sello que te hundirá conmigo: una vez estuve cerca de ti. Ya no importa el nombre del impulso que guio mi voluntad. Lúcido, consciente, visto por mí mismo como un objeto que se mueve, avancé. Yo no acuso: un signo milenario, una leyenda que se repite en cada individuo, te obligaron a rechazarme. Con timidez y afecto (huyendo a tu manera de la culpabilidad) me dejaste permanecer alrededor, desgarrado. No hiciste un movimiento, no hubo ni una palabra que abriese una grieta en veinte siglos de historia. Quedé ahí, sintiendo que aunque fuera de mí todas las luces se apagaban, adentro, en mi cuerpo, surgían nuevas lámparas, otras luminosidades. Y, en ellas, nuevos ámbitos encendiéndose. Un empeño puro, sin contacto con los demás: hacia allí quise atraerte. ¿Puedes comprenderlo? Intuyo que ese amor únicamente ocurre una vez en largo tiempo; sin mí, ahora, está volviendo a ser abstracción: hasta que otro individuo acepte ser él mismo y ser otro en su propia conciencia, hasta que otro individuo prefiera la lucidez como único refugio; hasta entonces persistirá esa forma de amor en abstracto.

No acuso; desaparecemos el amor y yo, y también desapareces porque tu existencia es uno de mis actos, uno de los círculos. Al fondo, tras todas las esferas, permanecías tú. Cada día recomenzaba yo el acercamiento; estaba seguro de que había saltado de un círculo al otro, que ese vértigo de líneas concéntricas me aproximaba a ti. Lo que ignoré hasta hoy es que cada lugar en el que me detenía excluía a los otros. Por eso sólo pude tener fragmentos tuyos, visiones relampagueantes que confundí con la totalidad. Hoy, por ejemplo, pienso con dureza que pudiste ser un símbolo —y eso me hubiese liberado—. Pero tú vas más allá: has participado de todos los puntos, encuentro en ti polos, la atracción. Y, sin embargo, tal vez eras inconsciente de que aglutinabas las poderosas estrías: arte, filosofía; la conjunción de fenómenos que necesariamente había de rechazar mi pensamiento. Yo me derrumbo; en ti se resume mi vida puesto que has sido todos los seres a quienes di importancia. Adivino que tratarás de hacerte débil, que querrás huir de estas palabras; pero en el fondo de ellas, con precisión, con singular rudeza, siempre podrás reconocerte. Eres todos aquellos seres a quienes amé: un solo cuerpo. De nada vale que también tú hayas desaparecido con mi ciudad; aún persistes, aún te evoco. ¡Si por lo menos hubieses admitido la fuerza de estas palabras: incondicional, ajeno! De haberlas tomado cuando las ofrecí, ellas te hubieran hecho evidente la tensión nueva del amor que yo proponía. No tengo derecho de traer tu voz y tus movimientos ante mí; mi único dominio, este que he elegido finalmente excluye lo demás. Pero se rompe mi voluntad. Vuelvo a tu rostro, a tu timidez, a los encuentros que nos signaron durante la adolescencia; me impregno

de nuevo de aquellas conversaciones simples y significativas que ya estaban atándonos, repaso la historia de las noches en las que, al separarnos como desconocidos, intentabas inclinarte hacia mí, intervenir definitivamente en el desarrollo de los hechos que, no obstante, también sólo tú suscitabas. Revivo el encuentro final, después de los veinte años, cuando, temblando sobre el borde que me había propuesto alcanzar —éste al cual llego hoy— intenté obligarte a que me salvaras. Vienen de nuevo tus ironías de entonces; los minutos que parecían ser de entrega y tus inmediatas desapariciones. Lo único importante de esta deuda con el amor fue mi tenacidad: caminé hasta el extremo, violenté las situaciones, casi expliqué, para que tú comprendieras que no había otra salida sino amar. Otras formas de ti —otros seres— se entregaron, pero eran incompletas. No huyas, hablo contigo. Coloco imaginariamente mis manos sobre tu cuerpo oscuro. Tu piel, aquella obsesión, ya no escapa; ahora te entregas. Ahora conoces la caída tormentosa porque eso sobre lo cual crees descansar soy yo, mi ausencia. Te pierdes; la clave fue sencilla: no coincidimos. Una vez dijiste: «La fuerza del amor, tan distante de la muerte», y no era cierto. No había extremos; ambos eran lo mismo y sólo hoy lo advierto y sólo hoy conozco que por eso te amo. Ya no tienes nombre, pero sigues siendo lo único hiriente dentro de esta serena incapacidad que debe ser la muerte.

Tu cuerpo delgado. Las horas en los bares. Una vez en el cine. Las lentas marchas a través de la ciudad. La primera conversación en el café. Los discos de Buxtehude; Rembrandt en tus manos. Las cortantes separaciones que me impregnaban de inesperado temor de rupturas. Vuelves, he dicho. No conocía cómo habrías de perturbarme en este instante final en que brotan de pronto todas las posibilidades de recomenzar aunque tengo que permanecer inmóvil. En esa imagen tuya que esconde mi pensamiento, no olvides. Recuerda ahora para siempre. Ha caído la ciudad y tú con ella y no obstante aún puedes permanecer. Donde estés, créame otra vez, inventa aquello que no hayas aprehendido de mí: hazme imaginario: no desligues ya tu cuerpo de esa irreal presencia mía. Así seré eterno y no importará esta muerte ni las otras, las que aguardan tras de cada sentimiento que haga sufrir.

1964-1965